

CRISTALES EMPAÑADOS
¿SON LOS “INFORMALES” UN NUEVO SUJETO?

Mario UNDA
Centro de Investigaciones CIUDAD

CRISTALES EMPAÑADOS

¿SON LOS “INFORMALES” UN NUEVO SUJETO?

"En este mundo traidor
nada es verdad ni mentira,
todo es según el color
del cristal con que se mira"

nota previa

En los últimos años se ha estado escribiendo y discutiendo mucho acerca de la “informalidad”; y también actuando, igual desde las políticas públicas que desde las iniciativas de instituciones privadas. Se ha llegado a plantear incluso que los “informales” se estarían constituyendo en el nuevo sujeto político, cuyas acciones caracterizarían el período venidero y, más que eso, toda una nueva sociedad que está surgiendo. La proposición es, por supuesto, sugerente.

Las reflexiones siguientes quieren hacer parte de ese debate, discutiendo específicamente la constitución de sujetos sociales y políticos. Entendemos aquí que el sujeto (o su prefiguración, el actor) existe materialmente en distintos niveles o momentos simultáneos: en la economía mercantil, en la reproducción material, en la política, en la cultura, en el territorio, en el seno de diversos grupos sociales, familiares, vecinales o políticos,... Y que desarrolla, en cada uno de ellos, diferentes relaciones sociales que, en conjunto, hacen su “ser social”. Pero estas relaciones están, para él, fetichizadas, apareciéndosele ajenas y disgregadas.

De esta manera, los procesos que le llevan a constituirse y a asumirse como sujeto en cada uno de estos momentos o niveles no son coincidentes ni transcurren caminos paralelos. Se trata de un proceso desigual, aunque combinado, que implica que los sujetos subalternos se constituyen necesariamente disgregados, discontinuos y contradictorios, comúnmente sin lograr aprehender su globalidad. Precisamente la aprehensión de esta globalidad, el acto de asumirla como diferenciada de otras globalidades, a veces opuesta a ellas y, en consecuencia, de hacerlo como proyecto de sociedad, da cima a la constitución del sujeto integral.

Por lo demás, entendemos que este proceso no puede complementarse realmente si no es como

parte, aporte y comprensión de la constitución de un sujeto más amplio, el pueblo, que articula al conjunto de clases, sectores y grupos subalternos⁴⁰.

Ahora bien, no disponemos del material empírico que requeriríamos para una discusión basada en datos documentados. Los estudios disponibles tampoco ofrecen, a nuestro modo de ver, la calidad de información que se necesitaría, pues sus perspectivas son parciales; como ya tendremos ocasión de ver, se nos da, por un lado, la imagen de un sujeto económico; por otro lado, la de un (posible) sujeto social; finalmente, la de un actor (no un sujeto) político. Pero no son simplemente especializaciones temáticas que puedan reunirse y engarzarse con un poco de buena voluntad: se trata de enfoques aislados, hasta contradictorios.

Hemos debido, entonces, comenzar con un rodeo: y lo que presentamos aquí debe ser considerado como un primer acercamiento que, todo lo más, aspira a proponer ciertas hipótesis explicativas y plantear algunos criterios metodológicos. Formalmente, es una discusión crítica con los diversos estudios que, desde distintos ángulos, han venido enfocando la temática de la informalidad en nuestro país. En algunos casos, para algunos temas, nos hemos visto abocados a realizar ciertas interpolaciones; confiamos que no resultarán demasiado abusivas.

PRIMERA PARTE

LA VISION DESDE LA “INFORMALIDAD”:

DE SUJETOS ECONOMICOS A POSIBLES SUJETOS SOCIALES

1. Los “informales” como sujetos económicos (exclusivamente)

Ocurre que el tema de la informalidad (y no sólo el término) ha estado ligado desde un inicio a los análisis económicos, y delimitado y recortado por ellos: su ubicación en el mundo de la economía y las características de su presencia en él, su viabilidad económica, su organización productiva interna. Son éstos los temas que han predominado en la literatura ecuatoriana sobre esta problemática; y, consiguientemente, los ejes exclusivos desde los cuales se nos lleva a pensar en los actores y en su constitución como sujetos son aquellos derivados de su inserción en el mercado laboral (según unos) o en las actividades económicas (según otros).

40 Esto lo hemos desarrollado con mayor amplitud en nuestros trabajos sobre las organizaciones populares en Quito. Para referencias teóricas y metodológicas básicas, véase especialmente: Antonio Gramsci: Apuntes sobre la historia de las clases subalternas, **Cuadernos de la cárcel**, 6, Juan Pablos, México, 1986, y Enrique Dussel: El pueblo como sujeto, en **Memoria del III Encuentro del Movimiento de Cristianos Comprometidos con las Luchas Populares**, México, 1989.

Es una identidad de óptica que rebasa las barreras de los marcos conceptuales utilizados: para unos, el del “excedente estructural de mano de obra”, según la OIT y el PREALC; para otros la “economía sumergida” de los teóricos norteamericanos y europeos.

a. Con el cristal del PREALC y su “excedente estructural de mano de obra”

Los trabajos de María Mercedes Placencia -quizá los más representativos dentro de esta corriente-⁴¹ se mueven en torno de dos ejes: el primero es, si cabe decir, la “popularización” de las tesis que sobre el sector informal urbano han desarrollado la OIT y el PREALC⁴², en general haciendo abstracción del debate real existente con otras corrientes que desde ópticas distintas están analizando la temática.

El segundo eje tiene dos partes, una que aborda la descripción de las características “económico-productivas” de las “empresas informales” (relación capital- trabajo, organización interna, tamaño, acceso al mercado, al crédito -o intermediación financiera, sea esta pública o esté a cargo de instituciones privadas empresariales u ONG's-, tecnologías, productividad, status legal, ciertas características de la fuerza laboral)⁴³.

La otra, por lo general de menor desarrollo, está dedicada a la exposición de las características sociales “de los propietarios de las empresas” (y el recorte es realizado a pesar de que formalmente se reconoce la existencia de “cuatro categorías ocupacionales dentro del SIU”: a saber, patronos, asalariados y trabajadores familiares no remunerados de las microempresas, por una parte, y cuentapropistas, por la otra), o de condiciones de vida entendidas, en realidad, como suplencia de aquellas **condiciones generales de la producción**, que el Estado no suele otorgarles⁴⁴.

El corolario suele dedicarse a la sugerencia o formulación de “estrategias de apoyo”⁴⁵ centradas

41 Véase, de esa autora, "El universo productivo informal. Estudio de caso de un barrio en Guayaquil", en *Ecuador Debate*, 7, enero de 1985, pp. 115-141; "Reflexiones acerca de las condiciones de trabajo y de vida en el sector informal urbano", en *Cultura*, 24c, enero-abril de 1986, pp. 991-1010 (texto escrito en colaboración con Hugo Vásquez); "El sector informal urbano notas acerca de su génesis y funcionamiento", en *Ecuador Debate*, 11, junio de 1986, y también en Simón Pachano, comp.: **Población, migración y empleo en el Ecuador**, ILDIS, Quito, 1988, pp. 305-317; **El sector informal urbano en el Ecuador y la intermediación financiera**, ponencia presentada al **Seminario sobre financiamiento de pequeñas unidades productivas del sector informal**, 11 y 12 de diciembre de 1987, Cardinal Wright Center, Gibsonia, Pennsylvania; "El sector informal urbano en el Ecuador", en *Economía*, 85, enero de 1988, pp. 9-29.

42 Por ejemplo, en "Reflexiones...", pp. 991-994, en "Notas acerca de su génesis...", pp. 94-99; "El sector informal...", pp. 9 y ss.

43 Cfr. "El sector informal urbano...", pp. 19-26; "El universo productivo informal...", pp. 124-138; "Notas acerca de su génesis...", pp. 100-102; "Reflexiones...", pp. 994-1002; **El SIU... y la intermediación financiera**, pp. 3-10.

44 Cfr. "El universo productivo...", pp. 102-104; "Reflexiones...", pp. 1002-1006.

45 Cfr. "Notas acerca de su génesis...", pp. 102-103; "El universo productivo informal...", pp. 115-

en el otorgamiento de crédito y capacitación tendientes a “alcanzar en lo posible una transformación en la estructura económica de la microempresa, con posibilidades de convertirla en una unidad rentable y con mayores niveles de productividad que [...] garanticen [...] un auténtico y sostenido desarrollo en el mediano y largo plazo”. Buscando, se dice, la democratización del crédito y del capital.

Hay otro grupo de trabajos que se dedican a desmenuzar concienzudamente y con detalle los pormenores del proceso productivo y se centran, obviamente, en análisis y descripciones de las microempresas: condiciones generales, inversión, organización de la producción, organización del espacio productivo, características del equipamiento (o instrumental técnico), número de trabajadores, características de la fuerza de trabajo, ventas y productividad, etc.,... llegando incluso a la descripción de las piezas y partes resultantes de cada fase del proceso de producción⁴⁶.

La óptica es estrictamente económica (pues al análisis económico pormenorizado se halla dedicada la mayor parte de estos trabajos), y suelen terminar, igualmente, con sugerencias de “políticas de apoyo al sector”: creación de condiciones y mecanismos que permitan “enriquecer la experiencia acumulada de modo que estos productores adquieran un rol más dinámico en el mercado [...]” y “elevar la producción y productividad de estas unidades microempresariales” con programas de asistencia tecnológica y comercialización⁴⁷.

En cierto modo similares resultan aquellos trabajos que presentan el estudio de sectores o subsectores económicos (manufactura, comercio)⁴⁸; similares porque enfocan prácticamente los mismos elementos y culminan también en la sugerencia de “niveles de asistencia y políticas de apoyo”, fundamentalmente comparables con los ya reseñados, que estaban fundados en el reclamo de una mayor y más activa presencia estatal.

Hay que señalar, sin embargo, que en estos textos se encuentran mayores referencias socioeconómicas de los “informales”, con algunas indicaciones, comúnmente de escaso desarrollo, respecto a su participación en organizaciones reivindicativas y a su ideología (sobre lo que ya tendremos

116 y 139-141; “El sector informal urbano...”, p. 29.

46 Gilda Farrell: Absorción de tecnología y organización de la producción en el sector informal metalmecánico de Quito, en G. Farrell, comp.: **La investigación económica en el Ecuador**, ILDIS, Quito, 1989; Paúl Velasco y Gaitán Villavicencio: **Perfiles tecnológicos y pequeña producción urbana**, CERG-FIA, Guayaquil, 1989.

47 G. Farrell: Absorción de tecnología..., pp. 291-293; P. Velasco y G. Villavicencio: **Perfiles tecnológicos...**, pp. 187-189.

48 V., por ejemplo: Gilda Farrell: **El sector informal manufacturero: los casos de Quito y Guayaquil**, IIE-PUCE-IDRC, Quito, 1984, inédito; Guadalupe Rojas Navas: “El comercio minorista en Guayaquil, su problemática socioeconómica y formas de organización”, en **Ecuador Debate**, 11, junio de 1986, pp. 105-139; Luis Rosero y otros: **Microempresa manufacturera, SIU y subempleo en Guayaquil**, Universidad Católica Santiago de Guayaquil, Guayaquil, 1989.

ocasión de volver algunas páginas más adelante)⁴⁹.

Con todo y esto, en lo que tiene que ver con la **definición de los agentes mismos** estas reflexiones suelen moverse dentro de una cierta ambigüedad, fruto de la propia indefinición en la que se mueve la utilización de la noción de “sector informal urbano” (“SIU”). Por una parte se afirma que el sector informal urbano está compuesto por “... los excluidos del área formal de la economía”. Según esto, los agentes o los sujetos serían las personas o grupos humanos no insertos directamente en relaciones capitalistas de producción e intercambio. Sin embargo, a renglón seguido se señala que el SIU está conformado por “... el conjunto de unidades económico-productivas generadas por el segmento de la PEA excluido o no absorbido por el sector moderno de la economía”.

Pero esta formulación tiene consecuencias diferentes respecto al sujeto: si aquello que lo define ya no es la actividad o las condiciones en que desarrolla sus actividades, sino la empresa, y si los informales no son todos aquellos involucrados en ella, sino sólo quienes “generan las unidades económico-productivas de que se trata”, resulta que el sujeto es en realidad el dueño o patrono de la “microempresa”, vale decir, exclusivamente una de las por lo menos cuatro categorías ocupacionales usualmente reconocidas dentro del “SIU”⁵⁰.

b. Con el cristal de la “economía sumergida”

Desde otra óptica, pero con idéntica perspectiva, abordan la cuestión una serie de transparentes trabajos presentados por la Fundación Guayaquil⁵¹. Ellos parten de una definición previa de carácter muy general: vivimos “una crisis ... de “alumbramiento” de una nueva civilización”. Una de las características centrales de esta pretendida nueva civilización sería la generación o el surgimiento de “un nuevo tipo de trabajador, innovador, creativo, **menos proclive a estandarizarse o a adquirir una conciencia de pertenecer a las “masas obreras”**” (el subrayado es nuestro). Se trata, si hemos de identificarlo, de “un empresariado popular vital y pujante”⁵².

La similitud con los textos anteriormente mencionados es doble: primero, porque el sujeto de

49 G. Rojas: “El comercio minorista...”, pp. 133-136; L. Rosero y otros: **Microempresa manufacturera...**, pp. 66-67.

50 M. M. Placencia: “Notas acerca de su génesis...”, pp. 308 y 308 n1. Esta apreciación se ve confirmada por la siguiente afirmación, que aparece unas páginas más adelante: “... La informalidad en tanto autoempleo hace relación a la unidad de producción y no al puesto o al trabajador: una vez creada la

empresa, esta puede incorporar trabajadores” (p. 314). El sujeto es aquí, claramente, la microempresa (y no el “microempresario” ni, mucho menos, sus trabajadores, asalariados o no, permanentes o eventuales).

51 V.: Luis E. Orellana: Sector informal urbano y desarrollo empresarial, y Patricio Martínez Jaime: Fundación Guayaquil y el apoyo a la microempresa; ambos publicados en **Seminario Internacional sobre el sector informal urbano. Microempresa: presente y futuro**, Guayaquil, s. p. i., 1987, respectivamente en pp. 57-66 y 189-196.

52 L. Orellana: Sector informal urbano..., pp. 61 y 64.

estudio es el “microempresario”, es decir, el patrono, el dueño de los medios de producción y circulación -aunque, digno es de señalarse, aquí la elección es explícita y abierta-. Y ello no es gratuito: las acciones propuestas (**y realizadas**, lo cual marca una diferencia interesante) son “la promoción y desarrollo **individual** de un empresariado popular vigente en muchos casos, **potencial en otros**, pero parte activa de nuestra realidad nacional” (los subrayados también son nuestros)⁵³.

La idea-guía va más allá, sin embargo, de la mera incidencia económica: se trata de “reivindicar el concepto” de “empresa” y de “empresario”, sometidos -se dice- a la “estigmatización” de la “demagogia” (de los gobiernos y de ciertos políticos, se supone aunque no se lo afirme a ojos vista) y del sindicalismo, que marcha a contracorriente de la historia.

Asimismo, la reivindicación del concepto no tiene nada de estéril disputa académica: se apuesta a la “ruptura ideológica que **debe producirse** en quienes se descubren a sí mismos como “empresarios” en el sector informal urbano”. Y el esfuerzo está de sobra justificado porque, en realidad, “**algunos de ellos preferirían seguir considerándose como “artesanos”, “maestros”, “trabajadores”...**” (y, nuevamente, los énfasis son todos nuestros)⁵⁴.

Esa, decíamos, la primera similitud; pero hay otra, porque el sujeto es visto -y de modo también explícito- como un sujeto esencialmente económico: “Atrás deben quedar, en la prehistoria de la teorización, la definición de estos excedentes del mercado de trabajo moderno como “pobladores”, o como “marginados” [...] [S]u ser social, al igual que en el conjunto de sujetos de la sociedad, se determina en el particular modo de relacionarse con la estructura productiva y circulatoria, en el mundo del trabajo, en la microempresa que fundan, impulsan, sostienen (y hasta sufren), junto con su familia y sus pocos auxiliares”⁵⁵.

Hay, con todo, una diferencia que conviene mencionar: el cristal neo-estructuralista utilizado por el PREALC tiende a presentarlos más bien como actores que como sujetos; por el contrario, el lente utilizado por la “economía sumergida” es sustentado por un proyecto de constitución de sujetos, como veremos después.

2. Los “informales” en la economía visible, sí, pero también en la reproducción (verlos como sujetos sociales)

53 Ibid., p. 66.

54 Ibid., p. 65.

55 P. Martínez: Fundación Guayaquil..., p. 192.

Como acabamos de ver, los trabajos que hemos reseñado hasta ahora nos ofrecen una imagen bastante unilateral del (posible) sujeto. Este solo es percibido en relación con las actividades que despliega en el mundo visible de la economía. El sujeto, se nos parece decir desde este punto de vista, es sujeto económico o no es. Eso, cuando no se afirma lisa y llanamente que solamente puede ser sujeto económico.

Es cierto que en general no se puede entender a los sujetos si no se los ubica en los procesos de su formación objetiva como grupos sociales; procesos que transcurren, como diría Gramsci, en “las peripecias que se verifican en el mundo de la producción económica”⁵⁶. Pero esto no quiere decir que fuera de ellas no exista el “ser social”. De allí que consideremos justas las apreciaciones que critican el sesgo economicista que nos transmiten todas estas visiones.

Los trabajos que se sitúan en una perspectiva crítica señalan la necesidad de situar la informalidad no solamente en relación con la estructura económica, sino también con los procesos de reproducción material de la fuerza de trabajo y las lógicas de subsistencia de los sectores populares⁵⁷.

Este punto de partida implica una verdadera ruptura con la visión anterior. De manera que convendrá que nos detengamos un poco en sus planteamientos.

Si la mirada desde las lógicas económicas visibles situaban al posible sujeto en los talleres, en los puestos de venta o en la calle, la mirada desde la lógica de la reproducción parece ubicarlo en el barrio.

Esto tendrá algunas consecuencias de importancia, especialmente en lo que tiene relación con la apertura del pensamiento a los “otros momentos de existencia de la fuerza de trabajo”, amén de su presencia en las relaciones de producción o laborales mercantiles. Se señalan básicamente otros dos momentos: su inserción en la división social del trabajo, que está mediada por el mercado laboral, y su reproducción material.

Las conclusiones de una primera investigación⁵⁸ indican, en primer lugar, que la fuerza de trabajo se inserta de diferentes maneras en el mercado laboral, todas ellas bajo formas mercantiles, pero no todas

56 Antonio Gramsci: **Cuadernos de la cárcel**, vol. 6, p. 249.

57 Ver, sobre todo, los trabajos de Juan Pablo Pérez Sáinz: **Una aproximación a la estructura social de San Carlos Alto**, Documentos CAAP, enero de 1986; "Urbanización, sector informal y pobladores. Debate Bibliográfico", en **Ecuador Debate**, 11, junio de 1986, pp. 195-202; **Fuerza de trabajo urbana e identidad de clase. Algunas reflexiones a partir del caso de San Carlos Alto (Quito)**, Documentos CAAP, diciembre 1986; **Entre la fábrica y la ciudad**, El Conejo, Quito, 1986; **Vivir en la ciudad**, CAAP, Quito, 1987 (en coautoría con Juan Carlos Ribadeneira); **Respuestas silenciosas**, UNESCO-FLACSO Ecuador-Nueva Sociedad, Caracas, 1989. En la misma línea se inscribe el texto de Carlos Larrea y Rafael Urriola: "El sector informal en Quito", en **Economía**, 85, enero de 1988, pp. 41-72.

58 J.P. Pérez Sáinz y J.C. Ribadeneira, **ob. cit.**, pp. 97-102, 41 y ss. y 65 y ss.

bajo relaciones salariales. La visión desde la pura lógica económica muestra que cualquier inserción contribuye de alguna manera a la reproducción del capital. Pero un análisis desde el otro polo revela que “la integración en el mercado laboral se inscribe dentro de [...] [las] estrategias de reproducción”. Esto quiere decir que las acciones que en ese marco realizan los trabajadores urbanos no responden a comportamientos individuales, pues están en función de la unidad doméstica a la que pertenecen.

Los estudios de caso revelan, por un lado, que un porcentaje significativo de trabajadores realiza, a más de su empleo habitual, una ocupación complementaria; y, por otro lado, que las familias despliegan, a través de sus miembros, más de una relación laboral, algunas “formales”, otras “informales”.

Además, no pocas unidades domésticas tienen ingresos complementarios no laborales (el arriendo, por ejemplo), y más de la mitad realiza actividades de autosubsistencia (cría de animales, cultivos, autoconfección, construcción y mejora de la vivienda). Por último, las familias hacen parte de una variedad de redes de apoyo y solidaridad vecinales, de amistad, compadrazgo o parentesco a través de las cuales movilizan una serie de recursos, desde alimentos hasta incorporación al mercado laboral, recursos que les permiten complementar su subsistencia.

Muchas de estas actividades que hacen la vida cotidiana de las familias populares se desarrollan en los barrios, de manera que éste es también un elemento que entra en juego. Este último punto es mucho más claro, sin embargo, en otro autor.

Asumir las lógicas reproductivas como eje del análisis ha permitido a Fernando Carrión⁵⁹ plantear la existencia de “estrategias de inserción residencial”. Estas, como elemento de las estrategias sociales de reproducción, responderían al déficit acumulado de vivienda y a las restricciones presentes en el mercado de tierras, y serían la parte olvidada en la explicación del surgimiento y desarrollo de tugurios y barriadas y de la densificación de poblados aledaños a las grandes ciudades.

Pero la ubicación territorial, según este autor, no es solamente una expresión espacial de la estrategia global de subsistencia: la redefine al dotarla de condiciones y posibilidades espaciales de realización. Más aún, de esta manera los sectores populares definen “un ámbito de tensión, conflicto y lucha que permitirá desarrollar niveles de organización y reivindicación”.

Anótese, sin embargo, la presencia de un riesgo: caer en una visión espacialista que puede llegar a concebir al territorio como generador de relaciones sociales.

59 Véase: Fernando Carrión: **Quito -crisis y política urbana**, Ed. El Conejo-CIUDAD, Quito, 1987, especialmente pp. 174-198 y 208.

La relación entre informalidad y estrategias o lógicas de subsistencia es, pues, un avance en cuanto a la comprensión del actor o del sujeto “informal”: ahora es visto actuando no solamente en la economía “visible”, sino también en las complejas relaciones desplegadas para asegurar la reproducción familiar. Sin embargo, las contribuciones de Pérez añaden un elemento adicional: la identidad.

El proceso de proletarización incompleta (es decir, la inexistencia de un salario familiar) que se verifica en nuestras sociedades obliga a las familias trabajadoras a recurrir a una diversidad de estrategias reproductivas. La presencia de dobles ocupaciones, la pertenencia a unidades domésticas de la que son parte también otros trabajadores, la participación en redes de solidaridad..., todo ello imposibilita una identidad pura de clase. La que se conforma, por la combinación de distintas identidades económicas de clase y diversas identidades sociales, es una “identidad popular”⁶⁰.

Tómese nota de la incorporación de nuevos elementos que permiten avanzar en la tarea de comprender a los sujetos sociales en su integralidad, esto es, como tales sujetos y no solo como meros actores que desempeñan un papel en escenarios más o menos externos a ellos. No obstante, hay que señalar una falencia: la concepción de identidad manejada por Pérez Sáinz resulta demasiado mecánica: se desprende automática y directamente de las posiciones de los sujetos en los diferentes niveles de su existencia. A nuestro parecer, la identidad supone un componente subjetivo: todos aquellos procesos de representación mental realizados socialmente por los distintos agentes, que, finalmente, les permiten (o no) autoidentificarse como estos sujetos determinados.

3. Primera parada: ¿la política está en los programas del Estado y en los proyectos de las clases dirigentes?

Hemos concluido, así, la primera parte de nuestro rodeo. ¿Qué nos dicen, al cabo, las diferentes ópticas y propuestas, si las leemos desde la perspectiva que aquí nos interesa, es decir, la constitución de sujetos?

Hasta aquí nos hemos topado con dos corrientes. **Una de ellas** nos muestra una visión de los “informales” urbanos según la cual, como tales, ellos existen únicamente en las relaciones económicas visibles, en el mercado laboral o en la división social del trabajo.

Pero una particularidad importante de muchos de estos trabajos es que al momento de hablar de agentes sociales específicos no ven más allá del “microempresario”, el dueño del taller o del negocio. Por

lo tanto, el **sujeto** de su búsqueda tiene un nombre mucho menos ambiguo que el que podría sugerir el uso del genérico “informales”. Porque en realidad se está hablando de aquellos que Kautsky identificaba como “pequeña burguesía tradicional”⁶¹.

El señalamiento, a nuestro modo de ver, debe quedar claro. Aunque más no sea porque los propios trabajos que hemos estado citando parten del reconocimiento de la heterogeneidad que caracteriza al “sector informal urbano”, entre otras cosas por la existencia de varias categorías ocupacionales a su interior. Lo que ocurre es que la óptica práctica subyacente (a veces explícita, hay que reconocerlo) se centra en las “unidades económico-productivas” y, por lo tanto, en quienes tienen el control del proceso económico que se quiere fomentar o promocionar que, como se sabe, no son todos los que están insertos en él.

En este sentido, la noción de “sector informal urbano”, al contrario de su antecesora, la “marginalidad” no ha desarrollado de manera abierta sus vinculaciones con la esfera de lo político. Recordaremos que el comportamiento político de los marginales urbanos fue desde el principio una de las preocupaciones de los autores que se reconocían en esa vertiente teórica, tanto en su versión tradicional (Veckemans) cuanto en su versión de izquierda (Quijano, Castells). De algún modo, entonces, trataba de pensarse a estas masas urbanas como sujetos de la política (el tema de la participación), independientemente de las valoraciones positivas o negativas que cada uno pudiera ver en ello. Nada de eso podrá encontrarse en el tratamiento del “SIU”.

Pero esto no quiere decir que sea un pensamiento indiferente a sus consecuencias políticas⁶².

Muy por el contrario, la mayoría de trabajos enmarcados en la corriente de pensamiento inspirada por el PREALC y la OIT concluyen invariablemente en una serie de propuestas de acción que esperan ser convertidas en políticas públicas; ciertamente, siempre en el nivel económico, aunque se trate de “políticas sociales”.

Desde esta óptica, la relación entre los “informales” y la política sólo puede ser vista como una relación eminentemente externa, en la cual ella (la política) les viene dada en forma de iniciativas estatales y ellos (los “informales”) son apenas los objetos pasivos que la sufren, aunque algunos vayan a

61 Cfr. Karl Kautsky: **La doctrina socialista**, Editorial Claridad, Buenos Aires.

62 Respecto a las consecuencias políticas e ideológicas de las principales corrientes de la informalidad, puede consultarse, por ejemplo: Diego Palma: **La informalidad, lo popular y el cambio social**, Cuadernos Desco, Lima, 1987; Juan Pablo Pérez Sáinz: **El otro sendero de Hernando De Soto, una visión crítica**, FLACSO, Quito, 1988; Estuardo Arellano: "El Çotro senderoÈ equivocado de Hernando De Soto", en **Economía**, 85, enero 1988, pp. 101-118; Ana María Goetschel: **El sector informal, la historia y la política**, Quito, 1990 (mecanografiado).

salir gananciosos con el encuentro. Pero la idea de que estos sujetos puedan ser también actores o productores de la política está completamente ausente.

En este punto, uno se siente tentado de preguntarse si la noción misma de “informalidad” es o no inmune a estas reflexiones. Porque, de hecho, a partir de ella no se puede desprender directamente nada acerca de comportamientos culturales, sociales y políticos. Por ejemplo, ¿qué nos dice al respecto que un taller tenga dos o cinco trabajadores y que ellos sean familiares o no del dueño del kiosko?, ¿qué nos dice que la productividad sea baja o que no puedan materialmente acceder a los créditos del sistema bancario y financiero, que sean comerciantes con puesto fijo, o que carezcan de él y deban realizar sus actividades como ambulantes?

Las dificultades son muchas. Señalemos por de pronto dos: la inexistencia de mediaciones entre estas esferas: la economía y los comportamientos individuales y colectivos, y el concepto mismo, en muchos casos despersonalizado: no son informales los sujetos sino sus actos (De Soto) o sus empresas (Placencia).

La falta de homogeneidad complejiza las cosas: están presentes en distintas ramas, hay diferencias de productividad y posibilidades de acumulación, de ingresos y ganancias, tanto al interior del sector tomado como un conjunto, cuanto dentro de cada rama, etc.; y, en fin de cuentas, en la realidad no se trata de un solo sujeto (o actor) económico, sino de varios (pequeños patronos -y unos más capitalizados que otros, por añadidura-, trabajadores no remunerados, asalariados, cuentapropistas).

Así, pues, para unos toda la relación que se avisa entre los informales y la política está mediada por los programas del Estado. No es la única propuesta, claro está.

Para otros -situados también dentro de aquellas visiones predominantemente economicistas-, la relación con la política aparece de manera diversa. El “ser social” de los informales, dicen, es económico. Con lo cual su participación en la política -así como otras dimensiones de su existencia- queda en la penumbra.

Sin embargo, las acciones que se dirigen hacia ellos son claramente parte de un proyecto mayor. Propiciar una “ruptura ideológica” para que dejen de considerarse maestros o trabajadores y asuman la identificación de “empresarios” está obviamente dirigido a los propietarios dentro de los informales. Los asalariados, todo lo más, podrán considerarse parte de la empresa. Y aun los trabajadores familiares llegarán como máximo a sentirse vinculados con el empresario, pero no empresarios ellos mismos; sobre todo considerando -como indican los estudios- que su participación en el proceso de trabajo es eventual y

complementaria, no les rinde ningún rédito propio, y -no hay que perderlo de vista- ellos, especialmente esposas e hijos, se hallan ideológica y culturalmente en una situación de inferioridad y sumisión.

Desde este punto de vista, la relación con la política aparece también como externa, pues se trata de “incorporarlos” al empresariado, que son otros, y no de propiciar ninguna suerte de proyecto que surja de ellos mismos. Aquí el sujeto “informal” no es, en cuanto tal, otra cosa que sujeto económico porque en la política es buscado como acompañante de otros sujetos ya establecidos.

La otra corriente a la que nos hemos referido presenta dos avances de interés. En primer lugar, al introducir la dimensión reproductiva, nos brinda la imagen de unos agentes que existen y se conforman no sólo en sus actividades laborales, sino en todas aquellas, mercantiles o no, destinadas a la subsistencia. Siguiendo la tradición de los estudios que enfocan este aspecto de la vida social, presentan a un trabajador que no se rige por meros impulsos individuales, sino en función de la sobrevivencia de todo el grupo familiar. La familia y el barrio se convierten en componentes del “ser social” de los “informales”.

En segundo lugar, los avances en torno a la conformación de la identidad añaden la posibilidad y la necesidad de enfocar un elemento hasta ahora ausente: los procesos de la formación de una conciencia y de una racionalidad a través de los cuales los sujetos aprehenden y reprocesan sus experiencias, y con ayuda de los cuales dan coherencia a sus actos.

Frente a un actor chato, de un único nivel, ahora se nos propone un actor (¿sujeto?) tridimensional: en la economía visible, en la reproducción material y en la formación de una identidad. La relación entre las dos primeras dimensiones aparece clara y nítida, al ser englobadas en la noción de lógicas de subsistencia. Lamentablemente, no se desarrollan las mediaciones entre la existencia material y la identidad, de manera que la imagen que queda es la de una identificación inmediata entre ambas.

Y nos plantea, como aporte adicional, una dificultad nueva: a la heterogeneidad del ser económico se añaden las complejidades del ser social. Los barrios en los que habitan son heterogéneos, no son habitados por una sola categoría económica. Las propias familias son heterogéneas económicamente. Las redes de solidaridad los ponen en contacto e interdependencia cotidiana con otros agentes sociales de múltiples características económicas y sociales. Extrañamente, la dimensión de su participación en la política está por completo ausente.

La definición de los sujetos, se concluye, no es unilineal; cómo entenderla, eso queda como camino abierto.

SEGUNDA PARTE

EL (PEQUEÑO) APARTADO DE LAS ORGANIZACIONES REIVINDICATIVAS SOCIALES Y ECONOMICAS

Si la atención en los “informales” en cuanto actores o sujetos económicos ha sido, aunque dispar, extensa, multivariada y, para algunas cosas, minuciosa, no ha ocurrido lo mismo respecto a sus organizaciones reivindicativas o a su participación en otras formas de organización social.

Esto diferencia radicalmente el estado del conocimiento acerca de los “informales”, del que se tiene de otros agentes sociales. Formas organizativas y acciones reivindicativas de los obreros sindicalizados, de los campesinos, de los indígenas, de los moradores de los barrios populares, en menor medida de las mujeres y de los estudiantes, han sido todas ellas objeto de reflexiones más o menos profundas y de investigaciones que permiten, cuando menos, disponer de una base relativamente satisfactoria de datos e informaciones.

Pero de las organizaciones de los “informales” es muy poco lo que se ha producido. Este aspecto no se ha constituido aún en un tema específico de investigación, como ya lo son otros. Todo lo más nos encontramos con capítulos, subcapítulos o referencias (a veces estadísticas) dentro de otras preocupaciones y, por lo tanto, insuficientemente desarrolladas.

Con todo, existen ya algunos trabajos que presentan elementos iniciales de importancia, sea bajo la forma de datos empíricos, sea bajo la de indicaciones o pistas a desarrollar⁶³.

1. Los recuentos y descripciones de sus organizaciones reivindicativas económicas

Por lo general, el cuadro se nos presenta dentro de lo que podríamos denominar “las características socioeconómicas” de los “informales”. Es de indicar que los datos que hemos encontrado están más desarrollados cuando se refieren a aquellos insertos en el comercio, tanto en el caso de Quito como en el de Guayaquil.

a. La cobertura

En Quito, según Gilda Farrell, en 1983 las cerca de setenta organizaciones de vendedores afiliaban a unos ocho mil pequeños comerciantes, aproximadamente un 28% del total existente para

63 Ver: Gilda Farrell: **Los trabajadores autónomos de Quito**, ILDIS-IIE-PUCE, Quito, 1983, esp. pp. 37-53; Guadalupe Rojas Nava, **ob. cit.**, pp. 133-139; Luis Rosero y otros, **ob. cit.**, pp. 66 y 167.

entonces en Quito⁶⁴. Otros datos tenderían a reforzar la estimación. Jaime Salinas, analizando el caso de los cargadores de San Roque, informa que el 23% de ellos está organizado⁶⁵. Por nuestra parte, en un sondeo realizado entre 30 vendedores que desarrollaban su trabajo en la vía pública, en la García Moreno entre Espejo y Bolívar y en la Espejo entre García Moreno y Benalcázar, encontramos que el 30% estaba afiliado a alguna organización⁶⁶.

Por el contrario, en Guayaquil la cobertura organizativa parece ser significativamente menor, tanto respecto al número de afiliados a cada asociación cuanto al peso relativo de los organizados respecto a sus pares desorganizados, aunque en apariencia eso depende también de las ramas económicas en las que actúan⁶⁷. Tan es así que se hablaba, para 1983, de apenas unos seis mil comerciantes minoristas asociados en una diversidad de formas organizativas. Significaban alrededor de un 5% del estimado de trabajadores de esta actividad. Mientras tanto, una tercera parte de “microempresarios manufactureros” -según datos “tomados de las instituciones que tienen programas de apoyo”- pertenecía a algún gremio artesanal⁶⁸. (Creemos, sin embargo, que esta última información debería ser relativizada, porque muchos de estos programas de apoyo son realizados entre personas organizadas o, por el contrario, suponen e incluyen algún nivel de organización.)

b. Los motivos

En Quito, los pequeños comerciantes estudiados por Farrell se habían agrupado por la defensa del puesto de trabajo y para hacer frente a la competencia. En general, los vendedores asociados comparten la vecindad en la ocupación del suelo urbano o la pertenencia a una misma rama de actividad.

Mientras tanto, los cargadores analizados por Salinas, al organizarse buscan especialmente seguridad en el trabajo y determinadas formas autónomas de seguridad social, mediadas muchas de ellas por solidaridades étnicas. Nos parece importante remarcar estos aspectos: por un lado, debe recordarse que muchos estudios señalan que buena parte de los “trabajadores informales” son migrantes; y, por otro, indica un aspecto de la actuación de muchas de estas organizaciones respecto de la reproducción de los trabajadores y de sus familias: servicios mutuales (como pequeños apoyos monetarios o créditos, mortuoria, etc.) pero sentidos y expresados como elementos de organización y no meramente como tarea desplegada.

64 Gilda Farrell: **Los trabajadores autónomos...**, cit.

65 Jaime Salinas: **Situación socioeconómica de los cargadores del barrio San Roque como parte de un problema específico de la pobreza urbana**, tesis, Dpto. de Sociología de la PUCE, Quito, 1990, pp. 83 y ss.

66 Este sondeo fue realizado en junio de 1990.

67 G. Rojas: **ob. cit.**

68 L. Rosero y otros, **ob. cit.**

En tanto rol de las formas asociativas, este elemento no había escapado a la atención de los estudiosos. Estaba señalado ya, por ejemplo en el trabajo de Farrell que venimos comentando. Nuestra propia investigación sugiere, además, que dichas acciones pueden ser desempeñadas solamente por organizaciones de un determinado tamaño y relativamente consolidadas (pues supone la movilización de recursos no pequeños). Cuando esos niveles sobrepasan las necesidades inmediatas de los asociados, y cuando las propias asociaciones han desarrollado algún tipo de vinculaciones con otros agentes, puede ocurrir que pongan esos servicios a consideración de una comunidad más grande (un barrio, por ejemplo); sin embargo, estos no son casos frecuentes.

En nuestro sondeo se establecía que los factores de organización de los pequeños vendedores encuestados aparecían adicionalmente ligados a otros elementos, a más de los que ya se ha venido señalando.

Primero, la contigüidad espacial aparecía entre ellos como elemento importante pero no exclusivo, pues trabajadores de puestos vecinos estaban afiliados a organizaciones distintas. No obstante, hay que hacer una precisión: por un lado, ello parecía depender de la actividad desempeñada y ser menos importante en los carameleros y revisteros, por ejemplo; hay ciertas labores, por lo demás, que se caracterizan por una movilidad constante: demostradores de artículos varios o heladeros, v. gr. Por otro lado, aunque no hubiera tal contigüidad, existía en algunas asociaciones un cierto manejo de un espacio más amplio, con todo delimitado a unas pocas cuadras del centro, al interior del cual **ubicaban y rotaban** a sus miembros.

De este modo, en un territorio reducido y entre un pequeño número de comerciantes, pudimos identificar la presencia de seis organizaciones, dos de revisteros, dos de carameleros, una de demostradores y la otra de expendedores de misceláneos diversos. Y con la particularidad de que cuatro de ellas están afiliadas a alguna organización de segundo grado, vinculada a su vez a diversas centrales sindicales: dos a la Central de Organizaciones Clasistas por la Unidad de los Trabajadores (CEDOCUT), una a la Federación Nacional de Comerciantes Minoristas (FENACOMI, filial de la federación provincial de la Central Ecuatoriana de Organizaciones Clasistas, CEDOC-CLAT) y una a la Federación de Trabajadores de Pichincha (FTP, filial provincial de la Confederación de Trabajadores del Ecuador, CTE).

Segundo: al parecer -y de acuerdo con la información obtenida-, la pertenencia o no a diversas formas asociativas estaba relacionada con el acceso a lo que podríamos denominar, a título ilustrativo, como “puestos fijos”; pues ninguno, excepto uno, de aquellos que carecían de esa condición estaba organizado. De esta manera, la proporción de asociados es mayor entre aquellos que tenían “puesto fijo”, entre quienes el porcentaje de organización llegaba al 44%.

En Guayaquil se observa que el origen de las organizaciones guarda cierta similitud con las de Quito, pues se refiere a las condiciones físicas en que desarrollan sus actividades⁶⁹.

c. Intermedio: dos tipologías y una relación con el proceso de desarrollo urbano

Las tipologías propuestas por Gilda Farrell y Guadalupe Rojas difieren en algunos puntos. G. Farrell la establece básicamente según el objetivo que les dio origen, o las características de la actividad y las condiciones en que ella es realizada: así, las organizaciones de vendedores en mercados surgen automáticamente con la constitución del mercado, generalmente promovidas desde la organización de segundo grado; las de feriantes aparecen vinculadas a las centrales sindicales y a veces a las barriales. En otros dos tipos de organizaciones el objetivo inicial es central en la definición: aquellas que se forman para adquirir cierta legalidad (permisos en la Dirección de Higiene Municipal) y para defenderse de la competencia o desplazarla: se trata básicamente de expendedores de alimentos (frutas, helados, caramelos); y aquellas originadas en la necesidad de defender el puesto de trabajo en calles y veredas y alcanzar la ocupación permanente. El último tipo de organización que se señala son las organizaciones de segundo grado.

La tipología propuesta por G. Rojas, en cambio, es mucho más descriptiva y toma en cuenta simplemente el lugar en el que se desarrollan las actividades. Nos habla, así, de organizaciones de mercados urbanos, de mercados suburbanos, de ferias libres, de las bahías, o de la vía pública. Y señala, igualmente, que la unión de estas asociaciones de base ha dado lugar a la formación de organizaciones de segundo grado con cobertura provincial e incluso regional. Sin embargo, no nos ofrece mayores caracterizaciones del conjunto de organizaciones reivindicativas de los comerciantes minoristas, con excepción de aquellas de los mercados. Igual que en el caso de Quito, aquí se señala la simultaneidad existente entre la formación del mercado y la generación de formas asociativas.

Por lo demás, resulta interesante la relación que se establece entre estos procesos y el desarrollo urbano, por un lado, y, por otro, entre ellos y la acción reivindicativa de los moradores -básicamente de los suburbios.

El ritmo de organización de los comerciantes minoristas, se dice, sigue el ritmo y las características del desarrollo urbano: la expansión física de la ciudad, la conformación de los suburbios y su consolidación urbana, es decir, la obtención de una serie de "servicios públicos", entre los cuales se cuentan los mercados.

⁶⁹ G. Rojas, ob.cit. La observación, sin embargo, debe ser matizada, pues la autora del texto citado se refiere, sobre todo en este punto, a los feriantes y vendedores de mercados.

Así, las organizaciones de comerciantes de los mercados urbanos, ubicados en zonas céntricas de la ciudad, son más antiguos, remitiéndose alguna incluso al siglo pasado; mientras que las organizaciones que agrupan a vendedores de mercados suburbanos son más recientes, apareciendo a partir de 1962. El mismo razonamiento se ofrece respecto a los comerciantes de las bahías, la mayoría de cuyas organizaciones ha surgido a partir de 1975; sin embargo, el argumento no es tan claro en el caso de los vendedores en la vía pública, para quienes la explicación queda reducida al crecimiento del número de personas dedicadas a dicha actividad.

Pero los mercados suburbanos han llegado hasta los pobladores sobre todo gracias a su acción reivindicativa: “estos mercados han surgido por iniciativa de los propios pobladores suburbanos, motivados por la necesidad de tener un servicio de comercio cercano y [...] adquirir una fuente de empleo para poder subsistir”.

Lamentablemente, el estudio no ahonda en esta segunda proposición y no ofrece luces que permitan dilucidar si el lugar de trabajo y el de residencia son coincidentes en estos vendedores.

Por su parte, el trabajo de Farrell sobre Quito daría a entender que no es así, o, por lo menos, que no lo es necesariamente, pues los feriantes de los mercados “recorren distintos barrios de la ciudad en coincidencia con los días de feria”. A pesar de ello, algunas asociaciones de este tipo participan en organizaciones barriales de segundo grado: menciona una en Chillogallo; nosotros podríamos agregar otra en la zona de La Ferroviaria.

No obstante, no parece ser esta la regla general; dentro de una última investigación que realizamos, encontramos que, por lo común, en algunos barrios no existe ninguna relación entre la organización de los vendedores en los mercados y la organización barrial, mientras que en otros se han llegado a producir pugnas y tensiones entre feriantes “externos” y organizaciones locales que defienden a “sus” comerciantes de la nueva competencia (sobre todo mientras los más recientes no están todavía lo suficientemente establecidos).

El trabajo de Farrell, aunque no trabaja mucho el tema, permite colegir que el desarrollo urbano es uno de los factores en la dinámica organizativa de los pequeños comerciantes, pero que se deben tomar en cuenta también otros, como la actividad organizativa de organizaciones mayores, de segundo grado, que son en sí mismas un elemento de extensión de las formas asociativas.

d. Los infaltables “agentes externos”

Adicionalmente, una investigación sobre organizaciones populares, que se está realizando en CIUDAD, revela la importancia que tiene también la iniciativa de una serie de agentes externos en la formación de sus organizaciones reivindicativas económicas: tanto organizaciones no gubernamentales o asociaciones voluntarias, que sobre todo en estos últimos años han desarrollado una activa ofensiva hacia los sectores populares, cuanto la Iglesia. Las propias políticas públicas (por ejemplo relativas a la microempresa) jugaron un papel de motor organizativo de “grupos de interés”, por la expectativa que despiertan las promesas en torno a los programas y proyectos gubernamentales.

e. Sus percepciones

El trabajo de Farrell desarrolla con cierta amplitud las percepciones en torno a los problemas que enfrentan y a sus aspiraciones. Según esto, sus problemas principales se relacionan con la actitud de los funcionarios municipales y policiales, la carencia de condiciones físicas para la realización o el apoyo de su trabajo, las dificultades económicas y crediticias, las contradicciones con los distribuidores, y la competencia. Consecuentemente, sus aspiraciones centrales estarían orientadas fundamentalmente a mejorar las condiciones físicas, económicas y sociales en que desempeñan sus actividades.

La investigación de CIUDAD sugiere además la presencia de otras preocupaciones relacionadas con las dificultades que enfrenta el funcionamiento interno de las organizaciones, tanto por la “falta de interés” o “de compromiso” de los miembros, cuanto por los problemas derivados de presiones sociales e ideológicas, sobre todo en el caso de las mujeres.

Conviene hacer un par de señalamientos al respecto. Por una parte, la capacidad de convocatoria (que preocupa a muchos dirigentes populares) no es un problema técnico o de voluntades, como se suele pensar, sino derivado del momento de existencia de la organización respecto a los fines para los que sus miembros le encuentran utilidad; y derivado también, en no menor medida, del momento en que se encuentran las luchas populares tomadas en su globalidad: en la actualidad, casi todo tipo de organización social ha visto erosionada su representatividad real y su capacidad de convocatoria.

Por otra parte, las preocupaciones principalizadas por las organizaciones parecen depender también del carácter de los “agentes externos” a los que están vinculados, y no solamente del desarrollo “interno” de la organización. Así, por ejemplo, organizaciones vinculadas a la Iglesia o a algunas ONGS han puesto más atención en el funcionamiento interno, ligándolo siempre con la necesidad de ampliar y profundizar mecanismos más horizontales de participación y de dirección, etc.

f. Corolario

Los trabajos que acabamos de reseñar nos muestran otra faceta de la constitución de estos sujetos,

situándolos en el nivel en que se organizan de acuerdo a su “ser económico”, es decir, cuando adquieren algún grado de conciencia social sobre él. Pero, además, nos abren a su vinculación con otros agentes sociales organizados desde sus propios puntos de vista: por lo menos con las organizaciones barriales y las sindicales.

2. Las ligerísimas acotaciones respecto a su participación en organizaciones reivindicativas sociales

Sobre este punto, los datos son menores y los tratamientos más escuetos. Apenas encontramos algunas referencias en el trabajo de Luis Rosero⁷⁰, quien indica que la mayoría de “microempresarios manufactureros” no pertenece a ninguna organización, mientras que, como ya hemos visto más arriba, algo menos de la tercera parte participa en los gremios artesanales.

Importa destacar que el único otro tipo de organización al que se encuentran asociados es el barrial, al que está integrado un 9.2% de los trabajadores considerados en la muestra. No obstante, no existe ningún asomo de homogeneidad. Mientras en El Guasmo su participación puede considerarse como relativamente alta (21.2%), en El Cisne baja a menos del 15% y en el centro es de 0%.

Aunque en el texto citado no se aventura ninguna explicación ni hipótesis, es lícito suponer que una causa de mucho peso explicativo podría estar en las características de mayor o menor representatividad y capacidad de convocatoria de las mismas organizaciones barriales, antes que en diferencias socio-económicas o en conductas y comportamientos derivados directamente de su “ser económico”.

Sin embargo, eso no resuelve tampoco las relaciones entre situación económica y comportamientos sociales. De hecho, ya algunas investigaciones realizadas en los primeros años de la década de 1970 insinuaban ciertas ligazones⁷¹. Ellas podrían denotar posibles contenidos sociales de clase en la organización barrial a través de la mayor participación en sus actividades de determinado sector social: aquel que, utilizando la terminología censal sería identificado como trabajador por cuenta propia. En efecto, de los datos ofrecidos en un par de cuadros incluidos en el texto se desprende que, si bien el mayor porcentaje de no pertenencia corresponde a los trabajadores por cuenta propia, también ellos son, en cambio, el contingente más numeroso de participantes en las Juntas Vecinales, duplicando prácticamente a la experimentada por los asalariados con o sin patrono fijo.

70 L. Rosero y otros, **ob. cit.**

71 Nos referimos al trabajo del CONADE: **El estrato popular urbano. Esmeraldas**, CONADE, Quito, 1980. Las investigaciones para esta publicación fueron realizadas en 1975-76.

Aunque el valor de los señalamientos que hemos recogido está en incluir una nueva dimensión en la existencia de los “trabajadores informales”, ella no alcanza a decirnos mucho sobre las relaciones entre la economía y otras actividades sociales; en parte porque este es un elemento que no está realmente estudiado.

3. Segunda parada: ¿un actor o sujeto económico con dificultades o limitaciones para constituirse en sujeto social?

Tratar la organización reivindicativa económica y la participación en organizaciones sociales nos presenta un elemento nuevo de la constitución del sujeto, que no habíamos topado hasta ahora.

En efecto, por el hecho de estar insertos en determinadas relaciones económicas y tener de ellas una cierta percepción y conciencia, ellos “son” sujetos económicos. Considerarlos en relaciones familiares y sociales en otros medios en los que se desenvuelven (por ejemplo, el barrio) nos habla de otros momentos o instancias de su constitución, momentos que ocurren simultáneamente a su formación material en la economía.

Sin embargo, esto solo no nos proporciona todavía un marco suficiente, pues la constitución de cualquier sujeto supone no solamente que “esté”, sino que, además, “sea”; es decir, que se asuma como tal y se dote de formas que lo representen en (los) diversos planos de su existencia.

La existencia de formas organizativas dirigidas a gestionar sus reivindicaciones propias refleja precisamente un nivel de este desarrollo en el cual los agentes se delimitan, por decirlo de algún modo, del resto de la sociedad, asumen una identidad propia y buscan formas de autorepresentación, por lo menos en tanto agentes económicos o sociales.

Desde este punto de vista, ¿qué nos sugieren los trabajos que acabamos de revisar?

En primer lugar, resalta el hecho de que el sujeto (económico) es aquí otro distinto del que habíamos encontrado hasta ahora. No se trata del dueño de un pequeño taller o negocio en el que laboran también parcial o temporalmente o de modo fijo otros trabajadores asalariados o no remunerados, sino básicamente los trabajadores por cuenta propia. Esto porque las actividades consideradas son distintas, lo mismo que la organización del trabajo requerida; pero en parte, también, porque no se ha entrado a ahondar en ellas como sí se lo ha hecho, en cambio, con las manufactureras.

En segundo lugar, que la cobertura social de sus organizaciones reivindicativas económicas no es muy alta. Pero que, además encuentra diferencias regionales (sería mayor en Quito que en Guayaquil, por

ejemplo); probablemente, también diferencias según la rama en que se ubican los “informales” dentro de cada región; y tampoco son uniformes dentro de una misma ciudad y una misma rama. Esto nos sugiere la necesidad de pensar en explicaciones que comporten una diversidad de elementos.

Así, las diferencias regionales estarían hablando de condiciones, económicas, sociales culturales y políticas regionalmente diversas; y de que esas condiciones generales diferentes están muy presentes en las conductas y comportamientos sociales, determinándolos en algún grado.

Pero las diferencias por rama, así como las diferencias encontradas según la calidad económica de la actividad, nos sugiere que las condiciones económicas también actúan sobre los comportamientos organizativos, en general tendiendo a que los más “estables” estén más organizados. Esto, a su vez, nos estaría indicando que, al igual que en otras organizaciones populares (v. gr., las barriales), las formas organizativas económicas de los “informales” no son representativas del conjunto de la colectividad de la que aparece como representante, sino exclusivamente de una parcela de ella, comúnmente los económicamente más acomodados.

Sin embargo, hay que cuidarse de fáciles explicaciones lineales y mecanicistas. En algunos casos, como sugiere Farrell, las propias conductas organizativas serían, en realidad, conductas económicas, en la medida en que para ciertas actividades laborales la organización es condición de estabilidad y esta, a su vez, puede permitir mejores posibilidades de “acumulación”.

Por otra parte, las diversidades barriales observadas podrían indicar que las condiciones sociales y económicas existentes en determinados espacios urbanos relativamente homogéneos actúan también sobre los comportamientos organizativos. Todo lo cual, a su vez, nos habla de sujetos económicos que sólo débil, parcial y dificultosamente buscan caminos de convertirse en sujetos sociales.

Esta idea, creemos, se fortalece al considerar la serie de contradicciones internas a las que están sometidos. Pugnas entre organizaciones de vendedores por la utilización del mismo espacio, pugnas de organizaciones de trabajadores estables contra la utilización de espacios contiguos por parte de trabajadores que no cuentan con puestos fijos legitimados (de aquellos que venden al interior de los mercados en contra de aquellos que lo hacen en sus alrededores, por ejemplo), pugnas de comerciantes barriales en contra de feriantes libres. Pugnas entre organizados y no organizados, etc., etc., todo lo que Farrell ha definido como “competencia”. De este modo, las organizaciones tienden a actuar cerradas en sí mismas, al modo de minigremios medioevales, llevando a que la constitución de los sujetos sea siempre trunca, detenida en los grupos organizados y encontrando dificultades para extenderse a los grupos económicos propiamente dichos.

En tercer lugar, que su constitución como sujetos sociales (y, creemos nosotros, a veces incluso como sujetos económicos) no está planteada -ni puede ser resuelta- al interior de sí mismos. En este proceso participan, contradictoriamente, con distintas lógicas y con diferente fuerza, dos grupos de “agentes externos”: por una parte, como ya hemos visto en la primera parte de este trabajo, el Estado con sus políticas, y sectores de las clases dirigentes con sus proyectos políticos y sociales. Pero, por otra parte, una serie de agentes populares, entre los que se destacan los obreros y los moradores de barrios populares. Sin embargo, la presencia de estos últimos es discontinua, débil y limitada todavía a la espontaneidad y a la casualidad. De allí que los vínculos sean contradictorios, aun en aquellos casos en que participan de las mismas organizaciones de segundo grado.

En cuarto lugar, que es necesario ahondar no solamente en la relación existente entre situación económica y participación en organizaciones reivindicativas económicas, sino también en la ligazón existente entre esa misma situación económica y la participación en organizaciones reivindicativas sociales. Y en la relación que se produce entre participación en unas y otras organizaciones reivindicativas. Aunque se carece de una masa de datos empíricos suficiente, así como de investigaciones abocadas a enfrentar abiertamente la cuestión, podría pensarse que la escasa concordancia que se observa sería un indicador de las dificultades que encuentra el sujeto para integrarse, es decir, para integrar su ser en cada uno de los niveles de su existencia, lo que no puede ocurrir más que integrando su ser con su conciencia de ser.

En conclusión, que la conformación social de estos agentes económicos, es decir, la autoconciencia de ser “la otredad de otros” y, al mismo tiempo, de serlo en colectividad y no tan solo individualmente, se encuentra aún en un momento que puede ser caracterizado como inicial.

Del mismo modo, la participación activa de agentes económicos en organizaciones reivindicativas sociales revela el punto hasta el cual se asumen como sujetos sociales o, dicho de otro modo, hasta dónde se sienten parte integrante de sujetos sociales que se conforman precisamente sobre la base de la confluencia (así sea parcial) de distintos agentes económicos.

TERCERA PARTE

LA VISION DESDE EL BARRIO Y LA POLITICA (O VICEVERSA):

SUJETOS-OBJETOS DE UNA POLITICA AJENA

No conocemos estudios que enfrenten la relación entre los trabajadores “informales” y la política. No obstante, un nuevo rodeo nos permitirá sacar algunas conclusiones sobre la visión que la ciencia social ecuatoriana tiene (o permite tener) sobre el asunto.

En la actualidad, ya algunos trabajos que se realizan sobre la “informalidad” empiezan a incluir al barrio entre los elementos de análisis. Esto, sin embargo, ha sido hecho de dos maneras divergentes. La primera ve al barrio, diríamos, como parte de las “condiciones generales” de despliegue de tal o cual actividad económica, o simplemente como dato de su ubicación territorial⁷². La segunda, en cambio, quiere analizarlo como elemento constituyente de su ser social y de su identidad⁷³.

En uno u otro caso, los “informales” aparecen como actores integrados a los barrios. Y sobre la relación entre barrios y política la literatura es mucho más generosa y abundante, por lo general teniendo como eje interpretativo la noción de “clientelismo”. Podremos entonces detenernos en ella y ver qué nos dicen.

1. Pobladores y Estado: las organizaciones en el medio

Son muchos los trabajos que se han realizado en el país acerca de las organizaciones barriales de los asentamientos populares, especialmente durante el período comprendido entre 1980 y 1986, pues luego la producción ha declinado bruscamente. La mayoría de los textos se ha centrado en las características de las formas organizativas, sus acciones, sus reivindicaciones y la relación con el Estado (y eventualmente con la política)⁷⁴.

No vamos a hacer aquí un recuento de todo ello: no interesa al objetivo que nos hemos trazado ni, por otro lado, daría muchas más luces sobre la temática que abordamos, pues el punto sobre la base social de las organizaciones y movimientos barriales no suele ser tratado a profundidad.

En cambio, sí existen algunos trabajos que tratan específicamente la relación con el Estado y la política, casi siempre bajo una óptica que interroga (o permite interrogar) sobre la constitución de sujetos sociales o “actores” políticos.

La proposición central que se presenta es la de una relación entre la población de los barrios

72 Por ejemplo, L. Rosero y otros, **ob. cit.**, G. Rojas, **ob. cit.**

73 Cfr. las obras ya citadas de Pérez Sáinz.

74 Para un análisis detallado de la producción local, véase nuestro trabajo "La investigación sobre movimientos barriales", en **Nariz del Diablo**, 11, agosto de 1988, pp. 18-28.

populares y las autoridades estatales. Para aquella, se trata de resolver las carencias con las que surgen sus asentamientos (y las que se van descubriendo socialmente después); para estas, se trata de obtener ciertas “contraprestaciones”, como, por ejemplo, respaldo electoral en términos de votos o de mano de obra para las campañas. Esta relación está sujeta a la acción de diversos intermediarios, entre los que cabe señalar, básicamente, a las organizaciones barriales y a los partidos políticos.

Tal la visión compartida, por lo demás, por la gran mayoría de reflexiones sobre el “universo poblacional”; pero aquí nos vamos a referir específicamente a un par de ellas, que consideramos representativas y relevantes para los fines de nuestra discusión.

a. Quito: ¿un largo tránsito hacia el “neoclientelismo”?

Para el caso de Quito, contamos con el estudio de Mishy Lesser⁷⁵. Ella propone la introducción del término “neoclientelismo”, en vez del usual “clientelismo”. Esta forma de dominación ocurre en situaciones en que las relaciones mercantiles, al no haberse generalizado, impiden la estructuración plena de un sistema representativo y de la “forma-ciudadano”, siempre que exista un Estado benefactor.

De allí que “las relaciones neoclientelares constituyan una alternativa a la difusión de [la] ciudadanía como forma principal de dominación de los pobres urbanos en la periferia”, sometiéndolos “a partir de la condición espacio”, es decir, desde el barrio y el territorio.

¿Cuáles son las razones aducidas para el cambio de término?: primera, “el patrón tradicional es reemplazado por un sistema o estado clientelar sostenido ya no por lealtades personales sino por incentivos materiales”, es decir, “la atracción del patrón se da principalmente a partir de la oferta de servicios públicos y/o mercados”; segunda, “las redes clientelares [se articulan] cada vez más a un nivel nacional y ya no exclusivamente local”; tercera: “[es] un tipo de relación de dominación capitalista”; cuarta: “los “nuevos patrones” [...] no dominan [a] sus clientes en un sentido totalizador, por ser éstos trabajadores formalmente “libres””; en síntesis, porque se trata de “la existencia de una **nueva** relación de dominación en la urbe en vez de la reconstitución de una relación ya existente pero territorialmente desplazada”.

Por su parte, el Estado, al controlar “recursos vitales para la supervivencia” en la ciudad, es “el neo-patrón más completo y efectivo”. Los sectores populares urbanos captan esta particularidad y lo convierten en blanco predilecto de sus reivindicaciones.

75 Véase: Mishy Lesser: **Pobreza urbana y relaciones de dominación en Quito**, Tesis, FLACSO, Quito, 1983, esp. pp. 1-33 y 86-93 (este trabajo fue publicado posteriormente por la Editorial EL Conejo bajo el título de **Conflicto y poder en un barrio popular de Quito**; con el mismo título, una versión resumida apareció en **Cultura**, 24c, pp. 921-931 (ver esp. pp. 925-931).

Así, “el poder de casi todo neo-patrón [se origina en] la afiliación política que le coloca en un puesto público”, y, en consecuencia, en relación con los recursos que demandan los neo-clientes. De allí que los neo-patrones potenciales deben presentarse como posibles ocupantes del Estado, como agentes que sólo "hasta mientras" carecen de la calidad de funcionarios.

Pero los neo-patrones requieren apoyarse en intermediarios, muchos de ellos firmemente enraizados en relaciones mercantiles y vinculados al mercado laboral. Aunque este rol pueden cumplirlo funcionarios menores y asesores jurídicos de la organización barrial, no pocas veces son los propios dirigentes quienes lo asumen. Son ellos quienes, por su ubicación, están en capacidad de poner en contacto a los neo-patrones y a los neo-clientes, canalizando las demandas de estos hacia aquellos, situados sea en partidos políticos, sea en el aparato estatal.

Aunque no está así formulado por la autora, se podría deducir de esto que la organización lo que hace en realidad es dar una forma estable al grupo intermediario y dotarle de representatividad y legitimidad para el cumplimiento de sus funciones.

Lesser, que realiza su estudio en asentamientos nuevos, cree que todos ellos pasan necesariamente por dos fases: una preinstitucional, que coincide con la formación física del barrio, hasta que sus contactos con el Estado consiguen respuestas positivas, logran regularizar su presencia -antes ilegal- en el territorio y obtienen la conexión a los principales servicios públicos; y otra de plena institucionalización, correspondiente a la fase de consolidación del barrio popular, en la cual desaparece todo brote de organización y acciones autónomas.

En este proceso, dirá, cada demanda supone la presencia de actores interesados dentro y fuera del barrio; y cada una de ellas ha generado una red neo-clientelar en la cual los beneficiados actúan o solicitan y, al conseguir lo pedido, normalmente manifiestan su gratitud con alguna forma de contraprestación, por ejemplo el apoyo político a través del voto.

Por último, si la vigencia de las relaciones neo-clientelares supone la existencia, así sea coyuntural, de un Estado benefactor, cabe la pregunta sobre su futuro en un contexto en que el Estado se achica y “queda cada vez menos para repartir entre un sector subalterno más y más numeroso”.

El trabajo de Lesser fue uno de los primeros en analizar a profundidad a los moradores barriales desde esta perspectiva. Su intento nos muestra un proceso de inserción institucional de las acciones de nuevos agentes urbanos, por lo general migrantes recientes. Dicha inserción institucional está mediada

por relaciones neo-clientelares y es, podríamos decir, la constitución de un agente dominado.

Reconociendo su valor, conviene, adicionalmente, señalar algunos puntos débiles. En primer lugar, nos parece que en estos momentos es ya insostenible la afirmación de que la mayoría de los pobladores existen generalmente por fuera de las relaciones mercantiles. Muchos estudios han confirmado precisamente lo contrario, ya desde la óptica de la caracterización socioeconómica de los moradores de los barrios populares, ya desde la caracterización del “sector informal urbano”. A nuestro modo de ver, el error proviene de deducir directamente las formas de representación política de la economía. Precisamente por ello no creemos que esta falencia invalide sus otras contribuciones.

En segundo lugar, nos parece que su visión presenta un sesgo evolutivo-fatalista, en la medida en que no aborda, como reconoce al final de su estudio, los límites de esta relación de dominación. A falta de ello, la imagen que prevalece es la de una secuencia inevitable, y -aunque aparezcan en el relato- es imposible aprehender las contradicciones que se debaten al interior de estas relaciones y sus eventuales superaciones.

Por eso mismo queda la impresión de que **toda** relación entablada por los moradores con agentes externos es necesariamente clientelar. Y esto, por lo menos, requiere de mayores análisis.

Señalemos adicionalmente que la argumentación que se nos presenta sugiere que las relaciones neo-clientelares son más propias de asentamientos urbanos recientes o, que, en todo caso, configuran actores o sujetos principalmente allí.

b. Guayaquil: el populismo y el clientelismo desde el inicio

Sobre este caso disponemos de un interesante trabajo de Raúl Egas⁷⁶. Allí se establece, entre otras cosas, el papel preponderante del Estado tanto en los procesos de crecimiento físico de la ciudad como de organización social de los pobladores.

En el crecimiento físico de la ciudad, porque su acción ha inducido actuaciones de diversos agentes sociales en la ocupación desigual del suelo urbano y peri-urbano (concentra su presencia más en unas zonas que en otras, promueve, mediatiza o reprime invasiones, etc.). En la organización social de los moradores, porque establece los marcos de su actuación y, a veces, se convierte en promotor o directamente en organizador.

76 Raúl Egas: Organización y movilización de los sectores populares urbanos en Quito y Guayaquil. II Análisis del caso de Guayaquil; en IEE: **Políticas estatales y organización popular**, IEE-FEPP, Quito, 1985, pp. 395-489. El trabajo fue realizado entre 1983 y 1984, y su presentación (pp. 395-423) fue hecha por Patricia Palacios y Mario Unda.

Hay que tener presente (añadamos por nuestra parte) que Guayaquil ha sido, desde años atrás, una especie de laboratorio para el ensayo de políticas estatales **específicas** hacia los sectores populares urbanos, en tanto habitantes de determinadas zonas de las ciudades. Las acciones puntuales dirigidas desde el Municipio en las administraciones cefepistas fueron ampliadas ya en los primeros años sesenta con la implementación del “Batallón del Suburbio” por la dictadura militar de entonces, y, posteriormente a su salida en 1966, con la creación de un Comité para la Rehabilitación y Urbanización de los Barrios Suburbanos de Guayaquil, también como iniciativa de un gobierno central.

Desde entonces, Guayaquil sería escenario de una serie de iniciativas similares. Pero sólo en 1979 -con un presidente guayaquileño, Jaime Roldós-, se llegó a pensar en políticas **nacionales** dedicadas a los moradores de barrios populares: la creación del Ministerio de Bienestar Social para entenderse específicamente con ellos (y promocionar su organización social), el intento fallido de dotarles de una “Ley de Organizaciones Barriales”, etc.

Desde este punto de vista, la sucesión de formas de gobierno electorales o de facto determina en buena medida el tipo de agentes externos con el que podía y debía relacionarse la organización: principalizando partidos con reconocimiento legal, en un caso, y otras organizaciones políticas más instituciones privadas, en el otro. En ambos suelen jugar rol importante los funcionarios municipales o del gobierno central.

Una particularidad de Guayaquil es la presencia directa de los partidos políticos populistas en la constitución de las primeras organizaciones sociales de los “pobladores suburbanos”. Organizaciones formadas, como es coincidencia entre los participantes, los estudiosos y los analistas, con el fin de obtener obras: la legalización del asentamiento, el relleno, las vías, el agua, la energía eléctrica.

Esto acontecía ya desde la Unión Popular Revolucionaria, UPR, de Guevara Moreno (y sus antecedentes inmediatos) y se reforzará enormemente con la Concentración de Fuerzas Populares, CFP, en sus distintas fases.

La tradición fue recogida luego por el Partido Roldosista Ecuatoriano, PRE, y por otros partidos, incluidos, más recientemente, el Partido Social Cristiano, PSC, y la Izquierda Democrática, ID, aunque los resultados de la última distan aún de ser satisfactorios.

Entre ellos se han entablado a veces batallas por la conducción de determinadas zonas, pero también una suerte de “especializaciones territoriales” que lleva a la consolidación y respeto mutuo de las

respectivas “esferas de influencia”. En la última campaña electoral pudo verse, por ejemplo, una “división geográfica” de las propagandas electorales para los diferentes partidos: hasta aquí sólo la CFP, de aquí a allá sólo el PSC, de allá hasta más allá sólo el PRE, etc.

Esta “especialización” puede tener relación tanto con las necesidades partidarias de obtener apoyo social en nuevos territorios (vírgenes o en disputa), cuanto en las posibilidades, constantes de contactos e intermediarios válidos, así como de recursos estatales o preestatales.

El trabajo de Egas concluye postulando que la organización popular, en la búsqueda del cumplimiento de sus objetivos, entra en contacto con una diversidad de agentes externos (básicamente los partidos y el Estado, muchas veces intermediado por los propios partidos, sobre todo en épocas de gobiernos constitucionales). En este proceso se produciría un acomodo mutuo: los agentes externos se adaptarían a los momentos y demandas de la organización para poder influenciarlas; y las organizaciones aceptarían la “intromisión si considera[n] que de ella puede[n] obtener algún provecho”.

Pero el planteamiento va más allá. El clientelismo, se añade, abarca no solamente su “comportamiento político amplio”, pues está presente, de igual manera, en las relaciones internas a la propia organización.

Es este tipo de relaciones lo que explica el comportamiento político de los habitantes suburbanos: “De los intereses de manipulación y cooptación de varios de estos agentes externos y de una comprensión inmediata y aun parcial de parte de los moradores, surge su comportamiento político pragmático utilitario, que algunos han confundido con un oportunismo impenitente”.

La peculiaridad, entonces, presenta a simple vista una cara: el control político directo de organizaciones y territorios por parte de redes que responden, por lo menos en períodos electorales, de modo claro a uno u otro partido, que no necesariamente han de ser siempre los mismos. Esto queda suficientemente resaltado en el texto que estamos comentando.

Dejemos de lado la impresión no grata de que quizá se quiere hacer una virtud de la necesidad, y comentemos tan sólo que este tipo de estudios nos presenta solamente una parte, la manifestación externa. Detrás de ella, la otra cara de la medalla podría ser resumida en la simultaneidad de la constitución (histórica) como sujeto social y la representación política inmediata; esto es, el hecho de que la constitución como sujeto social se efectúe frente a un partido político (intermediario frente al Estado) antes que directamente frente al Estado como parece ser el caso de Quito. Esto aseguraría lealtades duraderas, aunque en determinados momentos (las dictaduras, por ejemplo) sean llevadas a existir de

manera “latente”, como caracterizará Menéndez-Carrión.

2. El comportamiento electoral (1): un tratado sobre “la conquista del voto” en Guayaquil

El trabajo de Amparo Menéndez-Carrión⁷⁷ se centra en el reclutamiento electoral. Esto es apenas un segmento del comportamiento político, pero el tratamiento del tema permite de hecho avanzar más allá.

La conquista del voto es, hasta ahora, el más completo y detallado estudio que se ha producido sobre el comportamiento electoral de moradores suburbanos. Pero tiene también un interés adicional para la presente reflexión; al contrario de otros trabajos sobre la problemática barrial, ella introduce en su tratamiento la noción de “informalidad”.

Aquí las actividades “informales”, entendidas básicamente como de “precariedad estructural”, son vistas como características de los “sectores marginados”. Y puesto que la barriada y el suburbio agrupan (mayoritariamente) a sectores sociales signados por precarias condiciones laborales y sociales, dichos espacios territoriales son considerados “contraparte ecológica del empleo precario” (pp. 53-64). En adelante serán pocas las referencias a la “informalidad” dándosela, más bien, como un supuesto.

Retomando las discusiones últimas sobre el tema (es decir, próximas a la elaboración de su texto) y resumiendo sus propios hallazgos, Menéndez-Carrión define al clientelismo como “una forma especial de intercambio dual” que “constituye una forma autoregula da de intercambio interpersonal vertical entre "patrón y cliente" contingente en la retribución que ambas partes esperan obtener a través de la prestación de bienes y servicios a las otras, y que cesa en el momento en el que el beneficio esperado no se materializa” (p. 94).

Debe quedar claro que se trata de una relación de dominación, a la que se someten los moradores suburbanos por considerar la situación que viven como un hecho dado, básicamente inalterable: “El control social y la dominación se manifiestan [...] en el hecho de que [...] todo el proceso [...] está dominado por [...] las exigencias de actores políticos exógenos **qua** agentes del sistema responsable de su situación” (pp. 450-451).

Sus características: no es voluntaria sino coactiva (por ser estructuralmente inducida); no es recíproca, a menos que dentro de ello se entienda dominación y dependencia; las partes pueden ser

77 Ver: Amparo Menéndez-Carrión: **La conquista del voto. De Velasco a Roldós**, Corporación Editora Nacional-FLACSO Ecuador, Quito, 1986.

individuos o conjuntos de individuos; una suerte de “contrato informal” reemplaza a cualquier tipo de contratos formales; es una “alternativa de funcionalización de las funciones de "seguridad social" del Estado moderno”.

Toda relación clientelar tiene elementos constantes y variables. Son los primeros el status desigual de los participantes, la proximidad y la reciprocidad. Entre los segundos constan la parte que la origina, la duración, el alcance y la intensidad.

En esta relación están presentes tres actores: el patrón (el que dispone de los recursos); el cliente (que los busca y otorga votos a cambio); y el intermediario (que los pone en contacto, y que se constituye en el “punto crítico”, sin el cual la relación no funcionaría).

A su vez, la máquina política “es un sistema clientelar institucionalizado cuya finalidad básica es la obtención y retención del poder político”. Supone la combinación de redes clientelares informales y partidos organizados, y aparece normalmente en situaciones en que el voto es el mecanismo de acceso al gobierno.

Entre la máquina y la clientela no median consideraciones ideológicas o programáticas: es una “estructura eminentemente pragmática, compatible con una base de apoyo eminentemente pragmática”. Su papel es ofrecer los beneficios que daría un patrón individual.

Así, el reclutamiento del voto se realiza “activando” las máquinas políticas existentes o recurriendo a un “conjunto de acción”, es decir, la integración de “un conjunto de redes interpersonales [preexistentes], congregadas para ejecutar una acción específica, fija en el tiempo y el espacio” (pp. 94-105).

La preexistencia de las redes sobre las que se asientan los mecanismos clientelares permite que puedan reaparecer tras recesos más o menos prolongados.

Ahora bien, las máquinas políticas y las redes clientelares no son eternas. Aquellas que sean incapaces de recabar y movilizar un apoyo político de relativa importancia serán reemplazadas por otras, pero siempre de carácter vertical y clientelar, no por “mecanismos alternativos para la organización de la participación política de la base” (p. 108).

Con todo esto, el comportamiento electoral de los moradores suburbanos “debe ser visto como una **respuesta** -"pragmática"- a la **situación concreta** en que los moradores se encuentran [...] que torna

los intereses individuales estrechos en nexo crucial para la organización y el comportamiento políticos, y que permite que la "capacidad de respuesta" pueda ser definida en términos de pequeños beneficios y soluciones inmediatistas, de "remiendo" [...]" ; es decir, una "respuesta utilitaria" que es vista como "habilidad para "manipular" su contexto político inmediato" (pp. 124, 450).

Así, en situaciones en que la barriada es el escenario privilegiado de socialización y de comportamiento político, los moradores "tenderán a votar por [...] una estructura de patronazgo real o potencial". Pero el apoyo otorgado es "contingente": disminuye con la debilitación de las redes clientelares, y eso ocurre porque son "intereses personales muy concretos y estrechos ... [los] que constituye[n] el "cemento" de los lazos de unión, en todos los tramos de la cadena clientelar" (pp. 451 y 429-430).

Pero, ¿por qué surge y por qué persiste la relación clientelar? "En este estudio", dice la autora, "la inseguridad o precariedad estructuralmente inducida se plantea **en sí misma** como explicación básica" (p. 94).

En conclusión, el clientelismo perdurará mientras subsistan las condiciones estructurales de precariedad y mientras él (el clientelismo) siga representando, en consecuencia, una "modalidad saliente de inserción ecológica", una "manifestación preminente de pobreza estructuralmente inducida" y un "escenario principal para la acción y el comportamiento políticos" (pp. 438 y 428).

Sin ahondar por ahora en la discusión de sus propuestas fundamentales, señalemos un punto que consideramos central para el tratamiento del tema que nos ocupa. La asimilación precariedad laboral-barriada permitirá un desplazamiento en el argumento, pues se referirá en adelante a "agentes territoriales" antes que a "agentes económicos", elemento que deja de jugar en el análisis, aunque persista como sustrato de explicaciones finales.

Y si la inserción estructural de los moradores es "un hecho dado", sus actitudes, culturas y comportamiento "obedecen a, y se derivan de, la naturaleza de tales estructuras" (p. 68). El mismo sentido tiene la siguiente afirmación: "mientras las condiciones estructurales de precariedad e inseguridad continúen produciendo segregación residencial en forma de barriadas, y **el contexto sistémico continúe siendo institucionalmente excluyente para los marginados, en forma colectiva**, el clientelismo político perdurará" (p. 438).

El problema es que, como el tratamiento parte ya del análisis de la barriada, entonces no se pregunta sobre la influencia que el contexto laboral, puramente económico, por decirlo así, es o no y en

qué grado también un escenario de comportamiento político; o, igualmente, en qué medida las socializaciones que se producen en el mundo de la economía influyen en los comportamiento políticos que se **manifiestan** en otros escenarios.

3. El comportamiento electoral (2): unos pocos apuntes referidos, básicamente, a Machala y a Quito: clientelismo, cultura política y ambiente político local

Unas notas sobre la situación de la organización barrial en Machala⁷⁸ parecen situarse, grosso modo, dentro de las líneas generales de la argumentación de Menéndez-Carrión. Los barrios aparecen allí como “un espacio privilegiado para la acción del Estado, que se presenta, a los ojos del ciudadano, como el “patrón mayor”. De allí que para poder vincular políticamente a una clientela, los funcionarios y los políticos requieran tener acceso a los recursos estatales. La relación clientelar, finalmente, “se expresa personalizada e individualizada”.

Por otra parte, algunas citas, extraídas de varias entrevistas realizadas, revelarían el predominio de esa “ética utilitaria” de que se habla en **La conquista del voto**. Resalta allí la entrada en juego de una variedad de intereses individuales; unos de alcance limitado: la comida y las camisetas que se reparten en las campañas, por ejemplo; otros derivados de proyectos de movilidad social: un empleo, un terreno o una vivienda. No obstante, también está presente cierto tipo de intereses colectivos (o, por lo menos, que no pueden conseguirse sin una acción o un respaldo colectivos): son todas aquellas obras de infraestructura urbana básica: relleno de calles, por ejemplo.

Aunque la mayoría de citas van en ese sentido, no están ausentes por eso otras motivaciones, derivadas de asumir ciertas posiciones sociales: “dicen que están con nosotros los pobres”.

Para el caso de Quito no existen, que sepamos, estudios sobre el tema, quizá porque la preocupación ha estado centrada en el voto populista. De allí que una de las pocas reflexiones aparecidas tengan que ver con el triunfo de un candidato de esa corriente a la alcaldía de la ciudad en 1984⁷⁹.

El hilo argumental es allí distinto. La explicación busca centrarse, primero, en la “cultura política” de las masas urbanas; y, segundo, en su relación con dos diferentes “estilos de dirección” que buscan convocar a las clases populares.

78 Elvira Martínez: **Notas y experiencias en el trabajo barrial**, exposición realizada durante las jornadas culturales Ciudad y Sociedad, Ciudad, Quito, 1985.

79 Hernán Ibarra: "De por qué ganó el Maestro Juanito", en **Elé**, 1, septiembre de 1984, pp. 41-43.

Este razonamiento nos lleva a las grandes diferencias sociales y culturales existentes en la ciudad. Sur versus Norte; clases medias provincianas versus clases medias capitalinas; sectores populares versus clases medias “cultas”; lenguaje populista versus lenguaje tecnocrático. Estamos hablando de la constitución tanto de sujetos sociales específicos cuanto de tipos variados de personal político que se disputan la adhesión de un electorado segmentado socioculturalmente.

Con este fondo, la “cultura política de los sectores populares” aparece “forjada en tradiciones que tienen mucho que ver con el clientelismo y la todavía débil presencia de una organización popular que canalice aspiraciones colectivas”. Esta debilidad explica la preferencia por respuestas individuales a las necesidades. Y ello no puede dejar de expresarse en el comportamiento político (electoral, en este caso).

El clientelismo, como mecanismo de relación política entre los sectores populares y los partidos (y el Estado), está ausente en esta reflexión. Así como, simétricamente, la cultura política era rechazada como explicación causal por Menéndez-Carrión.

Por su parte, otra investigación -cuyos resultados no se conocen in extenso- intenta una explicación que articule la cultura política y las redes clientelares, sobre la base de informaciones obtenidas de estudios de caso efectuados en Guayas, Pichincha y Azuay⁸⁰.

La opción es coherente con el punto de partida, que pretende abordar “las racionalizaciones que los ecuatorianos acuerdan a la práctica electoral y a la vida política en general”. El comportamiento político no se explica por la cultura política, pero es incomprensible sin ella.

Según ese trabajo, los elementos que caracterizan esa racionalización combinan una base mesiánica, un escepticismo frente a la política, una concepción de Estado-botín, una definición que prioriza la persona a la doctrina o tendencia y la elección local a la nacional (por resultarle más cercana y parecer asegurarle de mejor manera el acceso a los servicios). Esta visión evoca y se corresponde con un sistema político caracterizado por ser relativamente cerrado y por “la persistencia de un sistema de clientelas ligadas a una personalidad o a un notable más que a una corriente ideológica o doctrinaria, menos aun a un partido”.

En suma, la “justificación racionalizadora” del clientelismo: “funcionalización utilitaria del voto o más precisamente de “mi” apoyo a uno u otro candidato a cambio de un “servicio”“.

Por último, un análisis más reciente de las tendencias electorales en Quito⁸¹ encuentra una cierta consistencia del voto por corrientes desde 1978, con un predominio del centro, aunque los partidos y candidatos más favorecidos vayan variando.

Se sugiere, sin embargo, que el escenario político establece ciertas reglas o normas para la elección de las distintas dignidades. Con mayor contenido ideológico para la diputación, más pragmática e inmediatesta para la alcaldía (lo que depende de la percepción social sobre las distintas instancias). Más personal en los alcaldes, más partidaria para los concejales, etc.

Se advierte, al mismo tiempo, que las variaciones por distritos electorales, aunque existen, no son mayormente significativas. Esto último daría a entender la presencia dominante de un ambiente político local que, en mayor o menor grado determina el accionar de los votantes.

4. Tercera parada: ¿una suerte de actor político que no ha sido nunca sujeto económico?

Los estudios sobre comportamiento político nos dejan una imagen un poco ambigua de los “trabajadores informales” como actores en la política. La impresión proviene de distintos ángulos.

En primer lugar, porque no es usual que esos trabajos nos hablen de los “informales”. Nos hablan de los moradores de los barrios populares, de los sectores populares (pero no definidos desde la economía), de los electores. Por un lado, esto reproduce, en la otra cara de la medalla, el casi ningún desarrollo que han tenido sobre el tema los acercamientos desde el “sector informal urbano”.

Esta noción, como indicábamos anteriormente no ha parecido muy proclive a pensar desde sí misma la política y se ha quedado reducida al mundo de los negocios o, cuando más, al de la reproducción material de los trabajadores y sus grupos familiares. Las escasas contribuciones sobre su imaginario o identidad han dado apenas los pasos iniciales indicándonos sus (posibles) componentes, pero sin desarrollar las mediaciones y vínculos mutuos a nivel de las representaciones mentales y la conciencia. Y, lamentablemente, no han tenido continuidad.

En segundo lugar, porque la imagen de sujeto que nos ofrece tiene dos características centrales. Por un lado, diríamos que es un sujeto diluido. O, con más exactitud, un sujeto social en el que están diluidas las posiciones económicas, que no parecen jugar más que el rol, acaso, de suelo sobre el que se levanta el sujeto social.

Por otro lado, es un sujeto social que no es sujeto en la política. Es decir, que aunque actúa en la política (léase: en las elecciones) no lo hace asumiéndose como sujeto activo y decisor de esa esfera. Es un actor que no tiene en perspectiva su constitución como sujeto definido que se representa a sí mismo (de alguna manera) en la escena política.

Al contrario, su comportamiento lo ubica como objeto político de las iniciativas provenientes de sujetos externos. El poblador, acaso “informal”, llevado por la precariedad de sus condiciones de existencia, actúa de modo pragmático y utilitario, otorgando votos y respaldo político a cambio de obras y de beneficios personales, para lo cual se entronca a diversas redes clientelares. La política, pues, les viene dada de afuera; los de abajo sólo actúan en ella cuando pueden obtener algunas ventajas inmediatas.

Las investigaciones coinciden en señalar este utilitarismo, este pragmatismo, como característica de su comportamiento político. Parece indiscutible. Que investigaciones realizadas en distintas ciudades, sobre todo en Quito y Guayaquil, pero también en Cuenca o Machala, hayan dado resultados similares no puede ser fruto de la casualidad ni de coincidencias. De hecho, pues, sectores pauperizados, sometidos a la precariedad económica y a la inseguridad social parecen responder de manera similar.

Como indiscutible aparece también un cierto escepticismo frente a la política. Uno y otro van de la mano. Una cultura política tradicionalista permite justificar y racionalizar el comportamiento clientelar. De esta manera, puede decirse que la cultura política predominante en los sectores populares incluye el clientelismo como parte integrante. Pero esto significa, también, que el comportamiento político no se explica sólo por el funcionamiento de las redes clientelares y de las máquinas políticas.

Sin embargo, esto no es todo. De hecho, este “sentido común” que permite pensar sus relaciones con la política no es estático ni monolítico. Convive con tendencias a la autonomía, manifestadas en la búsqueda (intermitente) de independencia frente al Estado y a los partidos políticos, en ciertas experiencias de control popular sobre la marcha de los servicios, en experiencias de distintas formas de apropiación y control territorial; convive incluso con algunas prácticas de autogestión. No obstante, su presencia depende del conjunto social, de las relaciones de fuerzas; y tienden a ser esporádicas y limitadas mientras la globalidad no sea transformada.

Al mismo tiempo, el clientelismo no es una práctica exclusiva para el comportamiento político. Se reproduce en otras esferas de la vida cotidiana de los grupos subalternos. Está presente al interior de las organizaciones barriales, en las relaciones interpersonales, en las organizaciones gremiales económicas, en las relaciones entre organizaciones de base y organizaciones de segundo grado. El mundo es verdaderamente complejo.

Esto, pensamos, se explica porque su comportamiento depende de un sistema político nacional, que refleja, al que responde y en el que se inserta mientras no llegue a cuestionarlo. Y ya varios estudios han hecho evidente que las relaciones de clientela no son exclusivas de los lazos que se establecen entre clases dirigentes y subalternas. Se reproducen en el conjunto de la vida política y social del país; incluso al interior del propio Estado, entre sus distintas instancias⁸².

Si esto es así, entonces las condiciones de existencia precaria serían insuficientes para explicar las relaciones clientelares.

Pero el comportamiento político de agentes concretos y específicos depende también de comportamientos políticos regionales y locales; cada región, cada ciudad, es hegemonizada culturalmente por determinadas tendencias políticas y por ciertos grupos sociales que imprimen el ritmo prioritario del comportamiento general de esa sociedad.

En Quito, por ejemplo, es notable el peso ideológico que han tenido las clases medias y la tecnocracia. Ello se ha explicado por el peso preponderante del Estado en la ciudad, no sólo en términos de “presencia física”, sino por lo que socialmente ello ha implicado. Quito tiene un alto porcentaje de población empleada en el Estado, superior a la existente en otras ciudades, particularmente de la costa.

Por otra parte, durante un cierto tiempo las clases medias tecnocráticas pudieron abrigar la esperanza de jugar un rol preponderante en la dirección del Estado y de la sociedad. Pero, además, existe en la ciudad una tradición de imagen “técnica” del manejo de ciertas instituciones estatales, singularmente el Municipio, que viene desde más atrás, por lo menos desde los años 40. Gestiones municipales de aquella época, liberales e incluso conservadoras, se habían caracterizado por desarrollar una imagen y una práctica de “modernización” y “progresismo”, despegadas de los intereses partidistas y de grupo y ejercidas desde el poder público. Más adelante, esta tradición sería recogida por las nuevas clases empresariales, en la época de la modernización petrolera⁸³.

De igual manera, la conciencia sobre determinados tópicos, como el de la mujer, sufre variaciones diversas en distintos lugares. Estudios realizados en Quito y Guayaquil demuestran que existe una mayor presencia de mujeres en el comercio informal capitalino (pero en ramas productivas la participación de la mujer es mínima en ambas ciudades); y ello se corresponde con una mayor presencia femenina en la PEA

82 Véase: Luis Verdesoto: **Certezas e incertidumbres**, CIUDAD, Quito, 1990.

83 Ver especialmente: Miguel Carvajal, **ob. cit.**; Carlos Larrea: **Urbanización y estructura social en el Ecuador**, s.e., s.l., 1978; Ana María Goetschel: "Hegemonía y poder local (Quito: 1930-1950)", en **Ciudad Alternativa**, No. 5, septiembre de 1991, pp. 17-22.

quiteña. La diferencia no puede explicarse apenas por la mayor demanda y posibilidades de desarrollo de “empleos típicamente femeninos” (o sea, aquellos que son una extensión de las labores domésticas) en Quito. De modo que se ha pasado a reconocer un peso más acentuado de ciertos aspectos de la ideología machista en Guayaquil⁸⁴. El sentido común y la opinión pública, al parecer, han tendido a liberalizarse más rápidamente en Quito -por lo menos para algunas cosas.

En general, existe, pues, una cierta hegemonía cultural que determinados grupos ejercen sobre una determinada sociedad. Eso supone delimitación, definición y tratamiento de los temas, desarrollo de lenguajes, formas y símbolos peculiares, que también están presentes en la política. Pero la existencia de una hegemonía cultural no supone la existencia de un sólo sentido común, sino la preeminencia de uno de ellos sobre los demás. En determinadas condiciones la “dirección espiritual” puede debilitarse y otras culturas saltar a la escena y disputar posiciones hegemónicas. Al parecer, una muestra de ello fue la elección de Herdoíza como alcalde de Quito en 1984.

El comportamiento político depende, igualmente, de las características económicas y sociales de la región y de la ciudad: desarrollo y concentración del capital, conformación y características de los grupos económicos locales, formación y fortalecimiento del personal político local, etc. En Guayaquil, por ejemplo, existe una mayor concentración de capital que en Quito: las empresas son más grandes y capitalizadas, ocupan más mano de obra, realizan inversiones mayores y sus volúmenes de ventas son superiores.

El mismo fenómeno se reproduce en el “sector informal”. Mientras en Quito tienen un peso muy alto las unidades productivas y comerciales unipersonales, en Guayaquil suelen ocupar por lo menos a una persona, a más del propietario.

Y depende también el comportamiento político de las condiciones materiales de los grupos sociales de que se trate; pero entendiendo que ellas no se reducen al ámbito exclusivo de la reproducción, que tienen que ver sobre todo con su posición en la economía.

En qué medida y en qué grado influye cada elemento, eso es algo que varía en distintos períodos y que, en cualquier caso, requiere de mayores investigaciones.

Por lo demás, las visiones predominantes tienden a ser circulares. Presenta la imagen de una sucesión de callejones sin salida. No obstante, esa realidad tiene sus contradicciones. Y es parte de un

84 M. M. Placencia, en “El sector informal urbano en el Ecuador”, *cit.*, retoma datos de Gilda Farrel para dar cuenta de que, por ejemplo en el sector comercio, la participación de la mujer fue del 70% en Quito y sólo de 30% en Guayaquil.

mundo mayor, que también tiene sus límites. Esa perspectiva, que puede pensar la superación, es la que está generalmente ausente.

En tercer lugar, porque la óptica adoptada nos remite a una realidad segmentada. Se nos habla, por ejemplo, desde el barrio, desde el distrito electoral, desde la ciudad. Es la “ciudadanía”, como imagen del sujeto político, la que organiza estos recortes. La ciudadanía o sus sucedáneos, como el clientelismo.

La política, entonces, aparece como un nivel de la realidad vinculado a la territorialidad, a la manera como los grupos humanos se han distribuido espacialmente. Y a la reproducción familiar, en tanto ésta se organiza territorialmente (es vista desde la residencia) y en tanto la actuación en la política aparece finalmente como parte integrante de las “estrategias de sobrevivencia”, aunque pocos trabajos lleguen a hacer explícita la formulación.

Pero la economía queda, en general, ausente: ¿acaso la política no se junta con ella? Aparentemente, porque en cualquier caso queda mencionada como causa última de los comportamientos electorales. Pero lo que en general se menciona es la posición económica objetiva de los sujetos, nunca la conciencia que se genera **también** en estos niveles. De allí que incluso los trabajos que nos hablan de la cultura política, remiten su conformación a otros momentos de la existencia y, enteramente, a otros referentes. Parecería que las personas son, por ejemplo, trabajadores, pero no se piensan como tales, se piensan como moradores, como votantes, como pobres.

Nosotros sostenemos, por el contrario, que los sujetos se piensan a sí mismos desde los distintos niveles y en los diferentes momentos de su entero “ser social”. Y que, dado que esos niveles no se corresponden automáticamente, la conciencia que se despliega y se pone en juego en cada uno de ellos tampoco coincide de manera mecánica.

Dicha(s) conciencia(s) está(n) determinada(s) por la posición desde la cual piensa o actúa, por las relaciones sociales en las que, en ella, se encuentra inmerso. Y, sobre todo -pensamos-, está determinada por el horizonte mental global. Este horizonte normalmente está limitado por el lugar desde el cual lo interpelan, por el escenario específico que socialmente se ha armado para su acción; lo que quiere decir, por supuesto, que los escenarios de actuación no son elegidos por los propios sujetos: les vienen dados por la estructura, por la relación de fuerzas sociales y, en períodos normales, por las iniciativas de las clases dirigentes. Solamente en momentos de ascensos pronunciados de la conflictividad social, el horizonte mental global puede ser “puesto” por las clases subalternas en lucha, trastocando radicalmente los referentes de actuación política.

Dicho esto, hay que señalar que las distintas conciencias posibles no discurren independientemente la una de las otras; hay, por el contrario, mutuas influencias entre ellas. Y siempre hay alguna que, en un momento determinado, organiza a las demás. Eso depende del carácter de su inserción económica, del estado de ánimo de los grupos que lo constituyen --y del que cada sujeto es parte--, y, nuevamente, de las iniciativas de las clases dirigentes y de la situación de las luchas sociales.

Este último punto nos parece relevante especialmente para pensar a los “trabajadores informales” y su relación con la política. Si los estudios sociales, al tratar de comportamientos electorales y temas afines, se han pasado por alto a la economía ha sido, entre otras cosas, porque la política misma ha estado organizada así; porque las clases dirigentes apelaban a las subalternas desde la política hacia el barrio, porque los organizaban para la política casi exclusivamente en el barrio. Porque la noción de ciudadanía excluía su participación económica, es decir, no se refería a ella para nada. Los grupos subalternos únicamente las comunicaban en acciones sociales y políticas en momentos de aguda crisis social, como se vio en el período convulso de 1982-83.

Sin embargo, hoy cada vez más la política está organizada visiblemente desde la economía. De hecho, las clases dirigentes ya no apelan solamente al “pueblo”, al “ciudadano”, al “habitante de barrios pobres y marginales”. Ahora empiezan a apelar con insistencia a sujetos económicos; el peso (por lo menos ideológico) que se ha dado a las políticas dirigidas al “sector informal”, urbano especialmente, y en concreto a los “microempresarios” son un índice de lo que mencionamos.

Sospechamos, por eso, que el nivel económico tenderá a ganar peso en la conciencia de las clases subalternas y ¿será posible que llegue a disputar el rol organizador de las identidades populares?. Y aunque ello sea adelantarse mucho todavía, no es menos cierto que se requerirán reflexiones que piensen el comportamiento político también desde la posición del sujeto en la economía, es decir, desde la visión de los sujetos económicos⁸⁵.

Nos hablan, pues, de una realidad segmentada. Y nos introducen sólo en algunos segmentos de ella.

En fin, los estudios sobre comportamientos políticos y los trabajos económicos sobre la “informalidad” parecen ignorarse mutuamente hasta ahora. En consecuencia, desde ambos lados es una parte del sujeto la que ocupa el lugar que por derecho debe corresponderle al sujeto total.

85 El fenómeno Fujimori ha llevado a los investigadores peruanos por ese camino. Véase, por ejemplo, el interesantísimo artículo de Eliana Chávez O'Brien: "¿Votaron los informales por Fujimori?: una reveladora encuesta", en **Quehacer**, 64, mayo-junio de 1990, pp.36-42.

CUARTA PARTE

ALGUNAS (CORTAS) REFLEXIONES EN TORNO AL SUJETO DISGREGADO EN LA REALIDAD Y FRAGMENTADO EN EL PENSAMIENTO SOCIAL

¿Son, finalmente, los “informales” un nuevo sujeto o, más aún, “el” nuevo sujeto? La respuesta, a nuestro modo de ver, no puede ser apresurada. En todo caso, las lecturas y recorridos que hemos venido haciendo, aunque no nos den las posibilidades de contestar la pregunta, nos permiten en cambio algunas reflexiones.

Resalta, por sobre todo, un problema conceptual. Sostenemos que si se sigue pensando a los “trabajadores informales” con los mismos parámetros que han predominado hasta ahora, no hay mucho trecho por dónde avanzar en la problemática que nos ha estado ocupando.

1. Cristales que no miran al sujeto

Primero, porque no se refiere **al** sujeto: como ya hemos visto, no se ha interesado en enfrentar las mediaciones que permitan comprenderlo en todas sus dimensiones y relaciones.

Es cierto que estos grupos subalternos se generan fundamentalmente en el mundo de la economía. Sin embargo, para muchos segmentos la actividad económica “pública” y la reproducción no se encuentran enteramente disociados. Eso hace que, incluso desde la economía, algunos de estos agentes no puedan ser comprendidos como generándose exclusivamente en el mercado ni, por lo tanto, solamente desde el mercado, aunque, obviamente, no pueden ser pensados al margen de él.

Además, su existencia material no es siempre una única inserción económica. La reproducción se organiza familiarmente y las familias no desarrollan, en general, una sola entrada a la economía. Además, muchos trabajadores desarrollan más de una actividad económica simultáneamente. Por último, las posiciones económicas no son necesariamente fijas; la precariedad de que tanto se habla implica en muchos casos una cierta movilidad entre distintas posiciones, que incluye períodos sucesivos de trabajo “formal” e “informal”. De otra parte, la crisis y las transformaciones que se avisan en la economía plantean problemas adicionales a la cuestión de integración-exclusión.

Si todo esto es así, el “sujeto” no puede ser aprehendido a la manera de una instantánea fotográfica: su “ser” no es una determinada posición fija, ni su referencia -incluso inmediata- es

solamente su posición personal. Se vuelve necesario, entonces, analizar estos que aparecen como nuevos fenómenos a la luz de una interpretación global, que los vea como momentos de un proceso y no como hechos antagónicos o alternativos.

Pero, como sujetos, no terminan en la economía “visible”, aunque allí se consuma materialmente la mayor parte de su vida activa.

En efecto, su existencia transcurre también en otros ámbitos y momentos (el barrio -y dentro de él, las distintas identidades que alberga-, la organización social, la participación en la política), cada uno de los cuales permite o sugiere formas de organización, socialización y conciencia; cada uno de los cuales, por tanto, induce o permite la formación de sujetos posibles heterogéneos.

Más aún, las experiencias desiguales que se acumulan en unos u otros ámbitos incluyen también el desarrollo desigual de los agentes, de actores a sujetos, como procesos, por un lado no necesariamente coincidentes en el tiempo y, por otro lado, abiertos, es decir, que igual pueden sufrir retrocesos bruscos que experimentar avances acelerados.

Qué momento -y, por lo tanto, qué conciencia, o la conciencia desde qué ámbito- organiza y da sentido a los demás, es un problema que depende del desarrollo mismo de los sujetos en condiciones históricas determinadas; en último término, de las luchas sociales.

En general, los sectores dominados sólo están en posibilidades de “escoger” los ámbitos privilegiados de su integración cuando sus luchas contra el ordenamiento vigente experimentan un auge notable y se ponen claramente a la ofensiva, es decir, cuando se prefiguran socialmente como alternativa de estatalidad. Solamente entonces las experiencias (contradictorias) acumuladas pueden ser reelaboradas y reorganizadas de tal manera que pueden volverse hegemónicas sus tendencias a la superación de la subalternidad y comienzan a apuntar en el sentido de la autonomía integral.

Pero mientras ello no ocurra, o cuando deja de ocurrir, todo el escenario pasa a depender de las iniciativas sociales y estatales de las clases dirigentes, iniciativas que escapan a la acción de los propios grupos subalternos; éstos, entonces, solamente son objetos de “llamados” e interpelaciones desde ámbitos específicos y fragmentarios.

En los últimos diez años, esos ámbitos han estado centrados en la reproducción y en la democracia entendida como ciudadanía, y ésta desde el consumo y la reproducción, lo que ha permitido su trámite básicamente clientelar.

Pero actualmente la economía (visible) está ocupando nuevamente un lugar central en la definición de los sujetos. Estos son cada vez más interpelados desde y para la economía, llamados (esto es, buscados y creados) como agentes económicos. Es notorio que incluso las “políticas sociales” de los gobiernos van poniendo énfasis mayores en este aspecto.

Este movimiento real no dejará de tener consecuencias a nivel social, organizativo e incluso político: pues todos los escenarios tienden a “economizarse”. No es, por lo tanto, sólo las actitudes y comportamientos de los sujetos lo que está en cuestión, sino la propia conformación de estos sujetos, la formación de su(s) identidad(es), la “certeza de sí” (Hegel) que se desprende de todo ello.

2. Cristales que no miran a un sujeto

Segundo, porque tampoco puede referirse a **un** sujeto. En realidad son varios “sujetos posibles” los que se quiere agrupar detrás de una sola noción. En este punto la “informalidad” como conceptualización se nos antoja muy débil. Allí se está refiriendo a diferentes agentes económicos. La “microempresa” no es, de hecho, un agente económico; pero sí lo es el microempresario, o el cuentapropista.

Sin embargo, la consideración de categorías económicas es solo un primer peldaño. De hecho, hay algunos negocios más prósperos que otros, que tendrán posibilidad de capitalizarse a partir también de los programas que levantan tanto el Estado como instituciones privadas. La diferenciación del denominado “sector informal” tenderá con ello a acentuarse. De igual manera, se podría hablar de las diferencias existentes entre ramas y sectores, y aun entre ciudades y regiones.

Además, porque en ellos no hay una única relación económica. Unos están directamente subordinados a los capitalistas “modernos” a la manera de trabajadores a domicilio (por ejemplo, las costureras de cuellos de camisas, etc.); aparentemente son los menos. Otros están indirectamente subordinados al proceso de acumulación del capital, acelerando, por ejemplo, la realización del plusvalor. Pero otros seguramente no tienen mayores vínculos que no sean, acaso, los del consumidor. Unos son transeúntes de la “informalidad”, otros están en cierto modo “estancados” en ella. Pensar esta realidad supone, a nuestro modo de ver, una serie de esfuerzos incluso teóricos que exceden lo que se ha hecho hasta el momento.

Todo esto complica, es cierto, la conformación de sujetos. Incluso la organización gremial reivindicativa gana con ello en carácter parcial y en limitaciones, más allá de las que existen para ella en

sociedades mayoritariamente desorganizadas. Su representatividad, entonces, es extremadamente acotada. Pero no cabe por ello minimizar su importancia en la autodelimitación y autocomprensión de los sujetos. De hecho, aunque no sea inmediatamente representativa, tiene un gran potencial de adhesiones, especialmente en épocas de conflicto social, como ya se ha visto en innumerables ocasiones. Lo que queremos resaltar aquí es que fenómenos de este tipo marcan la difícil constitución de los sujetos colectivos.

Por lo demás, conviene no perder de vista que existen algunos sujetos virtuales que no llegan a realizarse más que en la realización compleja y contradictoria de un sujeto “más global” (dos Santos): el pueblo. Vale decir, que en determinados períodos históricos no todo agente económico llega a convertirse en sujeto autónomo. Puede persistir como masa relativamente indiferenciada mientras no se reconozca en un sujeto que lo englobe junto a otros.

En la realidad, entonces, cada sujeto es una creación social contradictoria y normalmente en proceso, es decir, no consumada en tanto no resuelva la virtualidad última que contiene: la superación de su condición de subalternidad, que no puede ser, por definición, un acto heroico y aislado.

Pero este proceso no se verifica de manera autónoma o autogenerada, por fuera de los desarrollos no solo económicos, sino también sociales y políticos; se encuentra expuesto a iniciativas distintas, fruto de proyectos políticos provenientes tanto desde las clases dirigentes, como de otros grupos subalternos.

Y lo que se observa hasta ahora es que las clases dirigentes sí tienen un proyecto para los denominados “informales”: convertir a unos pocos en pequeños empresarios prósperos que arrastren tras de sí, si es posible, al resto o, por lo menos que lo neutralice. Ello supone, también, la ruptura de posibles alianzas con los otros movimientos subalternos, es decir, extender una ideología que los separe de manera más o menos consistente.

Desde la vereda de enfrente, en cambio, no se observan aún avances significativos ni generalización de ideas claras. Es parte de las tareas pendientes.